

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINAR',
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

20/Nov/08
18/Nov/08
JEB

NOTA PRELIMINAR

Escribí "Vacaciones en el Cielo" lleno de la alegría que produce el hallazgo de un tema rico en posibilidades teatrales. Esta alegría de espíritu fue mi mejor impulso en el fluir de los diálogos y de las situaciones. No tolero el gracejo teatral que trata de producir una hilaridad demasiado deliberada; hilaridad que, por lo general, termina agobiando al público y dejando la trama vacía de resonancia íntima, de todo significado ulterior. Creo en los beneficios de la risa, siempre y cuando para conseguirla, no se haya tenido que forzar, sobre la escena, la naturalidad de la vida en una súbita astracanada. Mundo de tropezones, de rictus eufóricos, de frases retorcidas hasta la demencia. No era éste el significado de la farsa antigua, ni de la picardía molieresca, ni del inteligente humor inglés, ni de la comedia española de buena ley. La saludable comicidad de una situación adviene con la trama misma, se convierte en acción y palabra en una amalgama indisoluble; y aquí creo haber apuntado lo esencial de todo teatro cómico. Las palabras solas no bastan si no quedan sostenidas por la situación, ama y señora de la obra, que inspira las acotaciones verbales afortunadas. Podíamos abogar, en resumen, por la extrema autenticidad, dentro del menor artificio. Es por lo que siempre me ha parecido la sonrisa la respuesta más adecuada a un arte feliz.

Escribir para el teatro es, tal vez, el arte que determina una mayor cantidad de experiencia para un autor. Podemos constatar, después de terminada una obra y de la subsiguiente puesta en escena, que los pasajes más felices se escribie-

A Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, con mi gratitud.

A Víctor y Ana Margarita, fraternalmente.

1181857
H. E. G.

del
H. E. G.
C. I.

ron solos, si ello puede decirse así, sin esa carga de intencionalidad que a veces puede ensombrecer la nitidez del diálogo y, contrariamente a lo esperado, la de los personajes.

Algún autor dijo que las ideas debía formularlas el espectador a la salida del teatro; ése sabía con cuánta precaución deben ser usados los conceptos en la obra teatral pura, —o casi pura—, y en cuáles momentos ellos pueden servir a la claridad del mensaje, siempre implícito en la situación, o traicionarlo a fuerza de machaconería.

Así, en "Vacaciones en el Cielo", dificultades de diversa índole fueron apareciendo según avanzaba su redacción; algunas fueron sorteadas, tal vez las menos; otras quedarían como dolorosas advertencias para futuras realizaciones. Debo dejar expuesto aquí con claridad que para mí se trata más bien de una tragicomedia; de ahí su repentina densidad dramática provocada por un personaje, —don Justiniano—, eminentemente trágico y que debía quedar recortado en una silueta estatuaría: la de la intransigencia, en espera de una posible redención futura a la cual ya no podríamos asistir. Este era el principal inconveniente, por el cual la pieza no estaba en condiciones de alcanzar la sostenida ligereza a que aspira el género. Lo cómico aquí se establecía por contraste con lo trágico. Había, pues, que aceptar el riesgo y dejar que los personajes impusieran el desarrollo que mejor les conviniera. Un improvisado crítico esperó con notorio desencanto, y así me lo hizo saber, la "conversión" final de don Justiniano. Hubiera sido placentero para él que anfitrión e invitados, cogidos del brazo, desencadenaran una orgía de mariposas y alocadas gimnasias, antes de la caída del telón final. Sin embargo, ésta no podía ser mi solución, puesto que la vida no me la había dado. Allí debía quedar nuestro personaje, conmovido y con una mano sobre el corazón, transigiendo a pesar suyo, única clarividencia que se permitía su alma clavada con el alfiler del fanatismo.

¿Podría escribirse algún día una segunda parte sobre la conversión, —y volvemos a llamarla así—, de don Justiniano? No deja de ser sabio aquello de que nunca segundas par-

tes fueron buenas. Sé cuánto delicado trabajo debe encararse antes de atinar con los resortes psicológicos que hagan de mi antihéroe un ser apto para la convivencia. Esto sin contar con que dramáticamente ello tendría un interés demasiado parcial y comprometido.

¿Qué fue lo que con mayor fuerza me atrajo en mis personajes? Pues que una vez examinados, ellos obedecían a sus delineamientos psicológicos, podían elevarse, aún sin quererlo, a las alturas del símbolo y lo que es más, mostrar sus facetas ideológicas imprimiendo a la obra, aparte de lo ambiental, un sello netamente dominicano. Los autores vivimos pretendiendo demasiado, y quizás esto sea la ilusión salvadora. Analizando el problema desde un punto de vista más directo cabría preguntarse si el fanatismo religioso es uno de nuestros peores males. Más bien podría decirse que es la intransigencia, las ideas a priori, la falta de entrega a las propias experiencias y la poca profundización que hacemos de aquellos planos del espíritu en que son necesarias dos de las grandes virtudes del hombre moderno: la libertad moral y la acción decidida. Creo que don Justiniano va más allá de lo estrictamente religioso. Él representa una realidad que está llamada a desaparecer o, al menos, a transformarse. La autoridad física y moral de los grandes terratenientes sobre las almas que están bajo su férula ya es cosa del pasado o de un presente que se sobrevive. Testimonio de este estado de cosas es el mundo donde se mueve nuestro personaje clave, ganador de este mundo y, según sus pretensiones, del otro. Y si damos mayor propiedad a nuestro enfoque nos encontramos con que el menor énfasis está puesto sobre lo material, sobre el sojuzgamiento físico de los hombres, siendo la esclavitud mental a las doctrinas el insalvable tropiezo para que este hombre descubra su propia alma y con ella la posibilidad de su salvación.

El descubrimiento de Dios es intransferible y todo hombre debe encender una luz muy suya, como si proviniera de sus entrañas en ebullición, para iluminar esa magna sombra, morada del Espíritu y de la Gracia.

Uno de nuestros grandes escollos en la búsqueda del acento propio ha sido la demasiada sujeción hacia las ideas consagradas por el uso y con especialidad hacia la frase hecha. Bastaba que se escribiera o hiciera circular un juicio sobre obras, hechos o personajes, para que dicho juicio quedara consagrado "in aeternum". Conservamos la superstición hacia la letra impresa; aquel que se atreve a contradecirla queda, la mayoría de las veces, anatematizado. Esto por pereza mental y por indolencia.

El que soplaran vientos de renovación ha sido un milagro. Y esto sea dicho sin jactancia: mi pieza fue una punta de lanza que se clavaba en el corazón de nuestra realidad. Los cambios emanarían, al fin, desde el centro mismo de la Iglesia. Mientras tanto los padres de mi comedia los anunciaban y los realizaban con tal desplante, con tan gozosa efusión, que causaron asombro aún a los espíritus más libérrimos. Recuerdo que durante una de las representaciones, (el teatro estaba siempre abarrotado de seminaristas y religiosos), un distinguido sacerdote, deportista y batallador, (¡santa contradicción!), abandonó la sala protestando enérgicamente contra la escena en donde los dos padres de la comedia hacen sus demostraciones de jiu-jitsu. Para él esto constituía una evidente falta de respeto a la dignidad del sacerdocio. No creía yo posible que un inocente juego de manos de criaturas aún más inocentes todavía, tuviera visos de pecado o de profanación.

Como toda la verdad debe ser dicha, agregaré que junto a esta reacción negativa recibí otras más halagüeñas. Un padre jesuita publicó en la prensa un artículo sobre mi comedia enfocando con precisión sus valores y propósitos. Por el momento eso me salvaba y noche a noche fue en aumento el número de regocijados seminaristas que, desde la sala, admiraban las peripecias de mis dos curitas, preparándose, tal vez, para encarar su apostolado de la misma manera alegre y natural.

Fue coincidencia que poco después, como ya hemos dicho, la Iglesia anunciara cambios fundamentales en su estructu-

ra y en el carácter de ese apostolado. Los nuevos tiempos imponían aires nuevos que darían a la Naturaleza algo de cuanto le habíamos negado por razones trascendentes. Los ritmos folklóricos invadieron los templos. Los sacerdotes iniciaron cursillos de educación sexual y los jóvenes empezaron a mirarlos como a buenos consejeros de todos sus problemas y no como a dadores de penitencias y admoniciones. Me complacía, entonces, imaginando a mi dos personajes, regocijados y triunfantes. Ya no era el "Maitazum Oñazea", aquella hermosa canción vasca, lo que cantaba el pequeño padre Inurria; levantaba su sotana al son de nuestros tambores y cantaba plenas de monte adentro, bailando con pasos menudos y dichosos. ¡Y cuánta religiosidad auténtica había en cada uno de aquellos pasos!

Así los sigo viendo, así los oigo, camino del cielo, entre un rumor de coplas campesinas y de panderos diestramente pulsados.

*
* *

He dejado así, para el final, lo que importaba que estuviera en la primera línea, pero que luego pensé debía ser la suma de toda mi gratitud.

Antes debo contar una pequeña anécdota. En uno de mis viajes a Santiago adonde me trasladaba quincenalmente a dictar clases de Pedagogía musical a un grupo de alumnos, llevé conmigo el recién terminado manuscrito de "Vacaciones en el Cielo". Deseaba leerlo a dos amigos, dos hermanos, a los que debía el fermento de la idea que hube de desarrollar en la comedia. Me refiero a Víctor Espaillat y a su esposa Ana Margarita. Fijada la noche para ello, ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar, entre los que se disponían a escucharme, a Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, quien había sido invitado por los dueños de casa. A pesar de que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, tuve un momento de vacilación antes de iniciar la lectura. Aquello iba a ser una prueba de fuego para mí, y más aún, para el destino de mi

manuscrito. Sabía cuánto podía influir su dictamen sobre la naturaleza de mis personajes. Debido a que él no era en absoluto uno de aquellos sacerdotes de mente estrecha, con mucho de don Justiniano, a cuyas críticas yo no hubiera podido reaccionar, sabía que, de una manera u otra, yo tendría que meditar muy a fondo sus consideraciones y, llegado el caso, dudar de la viabilidad de mi mensaje.

Lleno de turbación comencé la lectura. Yo sentía la verdad de lo que había escrito, pero ante mí estaba, con rotundidad teológica, otra verdad que podía alzarse contra mis criaturas y aplastarlas. Era la escena en que don Justiniano va a realizar una de sus reiteradas acciones de gracias con el concurso de su familia y de la servidumbre. Por estar en el inicio de la obra, sin el antecedente psicológico que la justifica, dicha escena puede coger de sorpresa al público y parecer irreverente. Al poco rato oí algo como un sordo rumor que iba in crescendo: ¡Monseñor reía! Y esa risa fue el regalo más grande que haya podido otorgárseme; era la satisfacción, el reconocimiento, de esa inocencia y bondad que yo había volcado en mi trabajo. Sí, Monseñor reía; es decir, aprobaba. Y risa o sonrisa, ya no lo abandonaron más en el transcurso de la lectura.

Envío: Gracias, Monseñor, por esa risa que es, para un atribulado autor de comedias, la mejor de las músicas. Usted ha poseído por anticipado el espíritu de la nueva Iglesia. Como humilde retribución, acepte que le dedique esta obra. Sé que nadie más que Ud. puede merecerla por el esfuerzo que siempre ha puesto en que la Iglesia dominicana, en que el pueblo dominicano, sean cada día más conscientes de sus valores y más consecuentes a ellos. Acepte esta dedicatoria, junto con Víctor y Ana Margarita, buenos, inteligentes y entrañables compañeros en la vida y en el espíritu.

El autor.

PERSONAJES

DON JUSTINIANO

DOÑA ELVIRA

TERESA, sobrina de don Justiniano

RICARDO, sobrino de doña Elvira

PADRE INURRIA

PADRE HOBSON

TEOLINDA

MICAELA *hermana de Justiniano*

INOCENCIO

NISO

CAMPESINOS

Derecha e izquierda, las del espectador.

Según convenga, el "Maitasum Oñazea", la hermosa canción vasca que canta el Padre Inurria en el Acto Primero y el Coro en el Tercero, puede ser sustituida por otra canción de carácter e intención similares.

Esta obra fue estrenada en el Palacio de Bellas Artes por el Teatro Escuela de Arte Nacional", el día 26 de octubre de 1960, en el siguiente

R E P A R T O

DON JUSTINIANO	RAFAEL GIL
DOÑA ELVIRA	NUBIA ULLOA
TERESA	INA MOREAUX
RICARDO	JOSE ANTONIO ESTEVEZ
PADRE INURRIA	SALVADOR PEREZ
PADRE HOBSON	ARMANDO HOEPELMAN
TEOLINDA	CARMEN RULL
RICAECLA	LUCIA CASTILLO
NOCENCIO	RAFAEL VASQUEZ

Dirección: PEDRO RENE CONTIN AYBAR

Fue también presentada por el mismo grupo en la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico, teniendo esta vez como director a Rafael Gil. El papel del Padre Hobson estuvo a cargo de Iván García.

LA ESCENA

Casa señorial en un apartado rincón de la República. Al fondo arcadas de tipo colonial que dan a un patio amplio al que se baja por algunos peldaños. A la izquierda una gran puerta, cuya ojiva remata en una cruz de madera, da a la escena un aire religioso y solemne. Hacia el primer plano una puerta pequeña. A la derecha y casi a foro el comienzo de una escalera que sube a la planta alta. Más adelante otra puerta pequeña.

El mobiliario, de gran austeridad, consiste en dos bancos largos, parecidos a los que encontramos en las iglesias, aunque sin respaldo; una silla y mesita redonda al fondo y como único detalle de suntuosidad y confort, el asiento del dueño de casa, un sillón de caoba labrada de alto respaldo, con almohadón de terciopelo escarlata y flecos dorados. Delante del sillón un escabel con almohadilla del mismo color. En una de las paredes una hornacina con una estatuilla de la Virgen María, ante la que arde una luz.

Más que la casa de una familia de terratenientes, nos parece el interior de un convento. Observando cuidadosamente sus detalles conocemos de antemano tanto la atmósfera de austeridad y señorío que campeará en la acción, como el fondo de retórica y falsa humildad que caracteriza a su personaje principal.

Antes de dar inicio a la obra la escena se inmovilizará un momento en el tiempo, alumbrada sólo por los tenues destellos de la lamparilla de la Virgen. Un conflicto de luz y sombra, a manera de prólogo, por entre cuyos resquicios se abrirá paso la claridad tranquila del amanecer.

ACTO PRIMERO

(Es de mañana. Don Justiniano viene de la capilla leyendo, absorto, un libro de oraciones. Ya en el centro de la escena se detiene, levanta los ojos y contempla hacia afuera la luminosidad del día. Para asegurarse de la hora saca del bolsillo del chaleco un reloj de oro de leontina. Lo mira atentamente y lo vuelve a su lugar. Como por arte de magia aparece una campanilla que traía oculta bajo el librito negro. Es una campanilla como las que usan los monaguillos durante la misa. Don Justiniano la suspende ante él y como poseído de la importancia de su acto la sacude una, dos, tres veces. Parece oír algunos pasos, pues su rostro se torna beatífico).

Don Justiniano

¡Ave María Purísima!

(Desencanto. Nadie aparece. Ahora con impaciencia, agitando nerviosamente la campanilla).

¡Ave María Purísima!

(Más fuerte, de manera que puede ser oído en los últimos confines de la casa y con un dejo de cólera).

¡Ave María Purísima!

Micaela

(Llega asustada y presurosa. Se limpia el sudor de la cara con un trapo).

Sin pecado concebida.

Don Justiniano

(Viéndola con el rabillo del ojo).

¿Qué hora es, hermana mía?

Micaela

Las nueve de la mañana, señor.

Don Justiniano

¿Y qué hora es para un buen cristiano las nueve de la mañana?

Micaela

La que sigue a las ocho y la que está antes de las diez.

Don Justiniano

Has dicho bien, hija mía.

(Con reacción tardía).

¿Pero qué has dicho, desgraciada?

Micaela

(Con rostro inexpresivo y estúpido).

¿Yo, señor?... Pues que las nueve...

Teolinda

(Subiendo desde el patio, con voz cansada y rutinaria).

Sin pecado concebida.

Don Justiniano

(Señalando a Micaela).

¿Quién es ésta?

Teolinda

Verá usted, don Justo, ésta es Micaela, la de Florentina. Ha venido a sustituir a Rosalba, que desde hace unos días se encuentra enferma.

Don Justiniano

Debiste enseñarle sus deberes antes de admitirla.

Teolinda

Empezaba a hacerlo cuando la señora dio la orden de que se arreglara la pieza del otro padre. Como el señor solamente esperaba a uno y sucede que ahora son dos...

Don Justiniano

Está bien. Pero que no vuelva a suceder. El trabajo no fructifica si no se lo ayuda con oraciones. ¿Qué dirá Dios de esta torpeza!

Teolinda

(Con sorna).

A mí se me hace que Dios debe estar más que contento de usted, señor.

Don Justiniano

¿Tú crees?... Bueno, menos charla y a nuestros deberes.

Teolinda

Sí, señor.

Don Justiniano

(Agitando su campanilla mientras llega Inocencio por foro y queda, gorra en mano, en actitud recogida).

¿Qué hora es ésta, queridos hermanos?

Micaela

(Ruborizándose)

Las nueve, señor.

Don Justiniano

¿Y qué hora es las nueve en la casa de todo buen cristiano?

(Micaela mira con desesperación a Teolinda, quien le hace un gesto con la mano para que se prepare a oír y a aprender).

Teolinda

(Triunfante).

La hora de la gratitud.

Don Justiniano

(Ha oído esta vez con atención, regustándose).

Has dicho bien, hija mía. Cumple, pues, con tu obligación.

Teolinda

¿Quién cuida de nosotros, igual que de los pobres pajarillos del campo?

Todos

Dios, nuestro Señor.

Teolinda

¿Quién nos ofrece un techo en la inclemencia de la vida?

Todos

Dios, Nuestro Señor.

Teolinda

¿Quién nos enseña a no robar, sobre todo en la casa de nuestro amo?

Todos

Dios, Nuestro Señor.

Teolinda

¿Por quién debemos aplazar nuestra hambre, tapiar nuestros oídos, regular nuestra lengua?

Todos

Por Dios, nuestro Señor.

Teolinda

(Ladina, improvisando).

¿Quién es el inspirado del Señor?

(Indica con un gesto hacia don Justiniano).

Todos

(Han comprendido la indicación).

¡Don Justiniano!

Don Justiniano

(Amablemente sorprendido, aunque intentando una falsa cólera).

¡Basta! Mi natural modestia se resiente al mezclar mi nombre en las oraciones. Rogaremos a Dios para que nos perdone tales elogios indignos de un mortal como yo.

(Pausa. Sólo Teolinda osa sonreír, mientras cubre la boca, en disimulo, con una de sus manos. Don Justiniano continúa su rezo para sí. Luego, en voz alta, shabeando con lentitud, a la vez que se persigna con un crucifijo que le cuelga del pecho).

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos

(Persignándose también).

¡Amén!

Don Justiniano

Estoy satisfecho de la piedad demostrada.

(A Micaela).

Si quieres permanecer con nosotros, debes aprender. Imita a Teolinda cuando dice cosas sensatas, pues a veces su lengua anda más suelta de la cuenta.

Micaela

Así lo haré, señor.

Don Justiniano

Y acuérdate, no hay mayor pecado que mancharnos las manos con lo que no nos pertenece.

(La criada va a contestar pero él la detiene con un gesto apostólico).

¡Puedes marcharte!

(No le queda más remedio que obedecer. A Inocencio).

¿Has cumplido con mis órdenes al pie de la letra?

Inocencio / *Me voy a salir*

Sí, señor.

Don Justiniano

Debemos recibir a los padres como es debido.

Inocencio

Lo que es por nosotros no quedará. Estamos preparados.

Don Justiniano

Nuestro Señor Jesucristo habrá de pagártelo, si no en este mundo, en el otro.

Inocencio

No me vendría mal que fuera en éste, señor.

Don Justiniano

No sabes lo que dices. Eres un ignorante. ¡Vete!

(Inocencio se pone la gorra y sale por foro. A Teolinda, que limpia algunos muebles).

¿Y la señora? ¿Y los muchachos? ¿Sabes dónde se han metido? Es preciso que asistan a las horas de dar gracias.

Teolinda

Sí, señor. Estuvieron a las siete y a las ocho.

Don Justiniano

Es necesario que también estén a las nueve.

Teolinda

Y a las diez, y a las once...

Don Justiniano

Y a todas horas. Son mis órdenes.

Doña Elvira

(Entrando por la izquierda).

Siento llegar tarde, Justiniano. Había que arreglar los cuartos de los huéspedes, sacar las sábanas de hilo y repasar las cortinas, ya un poco viejas. Esas habitaciones han estado cerradas tanto tiempo...

Don Justiniano

Tales comodidades están reñidas con la sagrada dignidad del sacerdocio. Un camastro de noche y un rincón donde meditar, serán suficientes para ellos.

Doña Elvira

Había que quitar el polvo de allí.

Don Justiniano

En polvo eres y en polvo te convertirás.

Doña Elvira

(A Teolinda).

¿Has visto a los muchachos?

Don Justiniano

Preguntaba por ellos cuando llegaste.

Teolinda

Por ahí andarán.

Don Justiniano

¿Haciendo qué, se puede saber?

Teolinda

¿Quién sabe! Cualquier cosa...

Don Justiniano

¿Por qué Teresa no está ayudando a su tía?

Teolinda

Déjelos usted. Son jóvenes y quieren divertirse un poco.

Don Justiniano

Ni es una cualidad ser joven, ni es excusable la diversión.

Doña Elvira

(A Teolinda).

¡Anda a buscarlos!

Teolinda

Está bien.

(Sale refunfuñando, por foro).

Don Justiniano

Su sobrino es el culpable. Las ideas modernas lo han pervertido, amén de sus años en la capital, en ese centro del vicio. ¿No hemos alojado en casa a un verdadero demonio?

Doña Elvira

Ricardo es un buen muchacho. Se acaba de graduar de ingeniero con las mejores notas. Quiso pasar sus vacaciones con nosotros y no podíamos negarnos.

Don Justiniano

Es lo que debimos hacer.

Doña Elvira

Piensa en lo que hubiera dicho mi familia.

Don Justiniano

(Súbitamente ha dejado el tuteo).

¡Su familia! Usted sabe lo que pienso acerca de ella.

Doña Elvira

Lo sé.

Don Justiniano

Una familia sin verdadero sentido de la religión. A veces creo que no se da usted verdadera cuenta de lo que ha ganado al casarse conmigo. Ha hecho usted posible su salvación.

Doña Elvira

Nada tiene de monstruoso que no hayan convertido sus casas en monasterios.

Don Justiniano

El hogar de cada cristiano debe parecerse siempre a un monasterio. ¿No es el jefe de la familia como el superior de una orden?... ¡Vencer! ¡Aplastar, como San Jorge, al dragón de la impiedad!

(Ha hecho un gesto heroico).

Doña Elvira

¡Tu fuerza!

Don Justiniano

(Sintiéndose en falso).

¿Duda usted de mi fuerza, de mi amor a Dios?... Dígalo, dígalo...

Doña Elvira

Me callo.

Don Justiniano

Su silencio es mi mayor alabanza.

Doña Elvira

(Acercándosele).

No atormentes a Ricardo. Es bueno. Quiérello como quieres a Teresa.

Don Justiniano

¡Eso no! Teresa es inocente. La he criado como a una hija, pura y llena del temor a Dios.

Doña Elvira

¿Lograrás hacerla feliz?

Don Justiniano

Aquí tiene lo que necesita.

Doña Elvira

Teresa cumplió ya los veinte años...

Don Justiniano

¿Qué trata usted de sugerir?

Doña Elvira

Eso... Nada... ¡Todo!

Teolinda

(Volviendo).

Aquí están. No se habían perdido.

(Ricardo y Teresa entran, llenando la escena de vigorosa juventud. Han llegado de prisa y jadeantes, demostrando que han corrido. Tratan de aparecer juiciosos y calmados ante la mirada grave de don Justiniano. Teresa trae, entredada en una de las trenzas que le caen descuidadas alrededor del rostro, una flor roja. Teolinda sale por la derecha).

Teresa

(Candorosamente).

¿Nos llamabas, tío?

Don Justiniano

Te llamaba. Ricardo está en libertad de ir adonde quiera, aunque mejor estaría en la capilla, haciendo un buen examen de conciencia.

Ricardo

Procuraré complacerlo uno de estos días.

Don Justiniano

Pero tú eres una muchacha. Tu sitio es la casa, trabajando al lado de tu tía, con lo que podrías presentarte a tiempo a las horas de gracias.

Teresa

(Anonadada).

¿Me necesitabas, tía?

Don Justiniano

(Implacable).

¡Te necesita Dios!

Doña Elvira

(A Teresa, con comprensión y dulzura).

Ya me ayudaste en lo más importante. Las habitaciones de los padres están listas.

Don Justiniano

¿Qué hacías allá afuera?

Teresa

Ricardo me recitaba unas poesías preciosas.

Don Justiniano

¿Poesías?... ¿Y a las nueve de la mañana?

Ricardo

¿Tiene horas especiales la poesía, como las tiene aquí el dar gracias?

Don Justiniano

Cualquier hora puede ser hora de oración. Las poesías, en cambio, ponen a los jóvenes en lo que no están.

Ricardo

Está usted un poco anticuado, tío.

(Hojeando un libro de tapas rojas que ha traído bajo un brazo).

"Oh, adorable, ¿quién aprisiona el hechizo de tus rubores, en la tiniebla de tu encierro?"

Doña Elvira

(Para zanjar la cuestión).

De muchacha a mí también me gustaba la poesía.

Don Justiniano

¿No va a decir que durante nuestro noviazgo yo la entretuve con "esas cosas"!

Doña Elvira

¿Cuánto lo hubiera deseado!

Don Justiniano

Le regalé libros más importantes y útiles.

Doña Elvira

Si; tú primer regalo fue un tratado de Apologética. Cada semana, cuando ibas a visitarme, yo debía saberme un capítulo completo. Pasábamos la velada entretenidos: tú preguntándome, yo tratando de contestarte bien, palabra por palabra, para no disgustarte.

Don Justiniano

¡Eso me debes!

Doña Elvira

En uno de mis cumpleaños te apareciste con el novenario de San Antonio y el mismo día de nuestra boda, sí, lo recuerdo con claridad, cuando yo temblaba esperando tu primer beso, sólo atinaste a poner en mis manos "Los Imposibles de San José".

(Ricardo ríe. Teresa lo hace discretamente).

Don Justiniano

¿Trata usted de ridiculizarme con tales recuerdos?

Doña Elvira

¡Son "mis recuerdos"!

Don Justiniano

(A los muchachos que han seguido riendo más bajo).

¿Quieren callarse?

(A doña Elvira).

Sólo consigue glorificarme con ello.

Ricardo

(Mirando a Teresa).

"Pienso en tu pelo y a solas me extasio".

Don Justiniano

(De repente mira a Teresa. Trata de desquitarse).

¿Pero qué veo? ¿Cómo no me he dado cuenta antes? La niña se ha soltado las trenzas y se ha enganchado una flor como podría hacerlo una campesina cualquiera... o una mujerzuela.

(La flor es arrancada de un manotazo).

Teresa

¿Qué hace usted?

Doña Elvira

Déjala, Justiniano.

Ricardo

No veo qué mal pueda haber en eso.

Don Justiniano

Oigalo bien: eso es asunto y mío y solamente mío.

Doña Elvira

(Anticipándose a una nueva réplica de Ricardo).

No repliques a tu tío, Ricardo.

Don Justiniano

(A Teresa, que está a punto de romper a llorar)

Sube inmediatamente a tu habitación y péinate como corresponde a tu condición y a tu edad. No debemos descuidar nuestra apariencia si deseamos ser respetados.

(Con intención, mirando a Ricardo).

Además, es preferible la soledad cuando no se tienen compañías adecuadas.

Teresa

(Subiendo).

Está bien, tío.

Ricardo

"Mírate en los espejos largamente, ellos deben guardar el secreto de tu vida".

Don Justiniano

(Se inclina, coge la flor del suelo y la tira hacia afuera con desprecio).

¡La poesía!...

(Pausa. Parece calmarse).

Bueno, aprovecharé la ocasión para hacerles algunas advertencias relacionadas con la nueva vida que, desde hoy, se llevará en esta casa. A raíz de mi reciente viaje a la capital, adonde fui a cumplir como era debido con las celebraciones de la Cuaresma, haciendo un retiro de cuarenta días, conocí al padre Angel Inurria. Era el mejor de nuestros instructores. Nunca olvidaré uno de sus sermones sobre las costumbres religiosas en nuestros hogares. Sí, señores, ese era el tema. ¡Daba gloria oírlo hablar! Yo temblaba escuchándolo. Un ángel poseído de santa cólera.

Ricardo

Ya lo creo. Para ser un buen orador sólo hay que saberse encolerizar en público.

Don Justiniano

Era la cólera bendita de Jesús echando a latigazos a los mercaderes del templo.

(Declamando).

"Arrepentíos de vuestros pecados, ahora, antes de que sea tarde. Id a vuestras casas y cambiadlo todo; que no quede un palmo de vuestra casa que no esté santificado; que no haya un solo ser vi-

viente que no proclame la gloria de Dios, ni tan siguiera una hormiga, ni el zumbido de un mosquito que no sea una plegaria”.

Ricardo

¡Admirable!

Don Justiniano

Por supuesto yo no podía dejar de acercarme a tal hombre, ¿qué digo?, a tal enviado del Señor. Caí de rodillas a sus pies, suplicándole la bendición.

Doña Elvira

Y no te quedó otro remedio que invitarlo a nuestra casa.

Ricardo

Lo que el santo varón se apresuró a aceptar.

Don Justiniano

Son sus primeras vacaciones después de diez años de incesante apostolado y me las concede a mí. ¡A mí!... ¿Se dan cuenta de la importancia?

Doña Elvira

Nos damos perfecta cuenta.

Ricardo

¿Y al otro padre, de dónde lo ha sacado usted? Pues por lo visto la honra es por partida doble.

Don Justiniano

El padre Inurria me ha escrito pidiéndome permiso para traerlo. Es un compañero recién llegado de Sudamérica. Un misionero. De seguro ha pensado que la labor que aquí le espera es demasiado urgente.

Ricardo

Para lo cual se adelanta a traer refuerzos.

Doña Elvira

No lo comprendo. Hablas de trabajo, cuando los padres vienen a pasar aquí sus vacaciones. O sea, a descansar.

Don Justiniano

Te equivocas. Las vacaciones de un religioso no excluyen los trabajos propios de su ministerio. Sólo en Dios hay descanso. Trabajando en Dios se descansa.

Ricardo

¿No descansó Dios al séptimo día?

Don Justiniano

Según tus cálculos en la semana hay siete séptimos días.

Ricardo

¿No está usted un poco cansado de todo esto?

Don Justiniano

La labor que nos espera es ardua. La bendición debe caer sobre cada palmo de esta tierra.

Ricardo

Nos hará usted esta vida imposible.

Don Justiniano

Para que la otra pueda serles posible.

(Pausa, Reflexionando).

Teniendo aquí dos padres, tendremos, pues, dos misas en la capilla.

Ricardo

¿A cuál de ellas debo asistir?

Don Justiniano

A las dos.

Ricardo

¿Cómo?

Don Justiniano

Está resuelto. Además, sería una descortesía asistir a la misa de uno de los padres y a la del otro no. Uno de ellos se sentiría desairado.

Ricardo

Me rindo...

Don Justiniano

Algo más. Destruirás todos esos libros que has traído de la capital. No me fío de ellos. Sólo deberá haber aquí libros piadosos.

Ricardo

¿Podré considerar como piadosos mis libros de ingeniería?

Doña Elvira

Después de todo, los padres serán seres humanos como los demás.

Don Justiniano

El padre Inurria es un hombre serio y virtuoso. No tolerará en su presencia ni el más ligero descuido.

Doña Elvira

Un sacerdote en el púlpito no es lo mismo que un sacerdote en el hogar, sentado a nuestra mesa. No puede serlo.

Don Justiniano

Continúo mis recomendaciones.

Ricardo

¿Qué más debo hacer?

Don Justiniano

Dejarás en paz a Teresa con tus poesías. Le desvías la atención de sus asuntos serios.

Doña Elvira

Los muchachos se divierten... Son casi primos y como tales se tratan.

Don Justiniano

Lo sé. Pero la vida en esta casa entra hoy en una etapa de mayor recogimiento. Ricardo verá a Teresa sólo en aquellos momentos indispensables, a las horas de comer o durante las veladas familiares. El resto del tiempo podrá dedicarlo a su estudio o a una sana contemplación de la naturaleza. ¿Está bien claro?

Ricardo

Demasiado claro.

(Pausa).

¿Todavía alguna otra cosa?

Don Justiniano

Puedes retirarte.

Ricardo

(Antes de salir por el foro).

Si los padres traen en su equipaje una sotana demás, pídale usted para mí. ¡La necesitaré!

Don Justiniano

¡Insolente!

Doña Elvira

¿No has ido demasiado lejos?

Don Justiniano

Aún falta, aún falta... En esto soy insaciable. Me elevo con los ojos puestos en lo alto.

Doña Elvira

¡Cuidado con la caída!

Don Justiniano

Estoy arriba, demasiado arriba para que me comprendas. Dios me acaba de justificar. Manda en mi ayuda a estos rectos y santos padres. Es como si me dijera: "Estás en lo cierto, persevera". Ellos vienen a darme la razón. Debemos cerrar definitivamente nuestras puertas al mundo, a la vanidad, a todo lo que sea transitorio, amor humano, pecado. Nadie debe venir ya a esta casa como no sea en busca de recogimiento. Desde hoy quedan descartadas las charlas, los juegos de azar...

Doña Elvira

¡Pero si aquí nunca hemos jugado!...

Don Justiniano

Pudieron haberlo hecho: es lo mismo. Tampoco quiero contradicciones de parte suya.

Doña Elvira

Los esposos a veces consideran juntos ciertos problemas, lo discuten amigablemente.

Don Justiniano

Desde hoy, la cosa es distinta. Todo ha cambiado, doña Elvira. Está usted haciéndome, pues, sus últimas sugerencias.

Doña Elvira

¿Doña Elvira?... ¿Me llamas así, "doña Elvira"?

Don Justiniano

Sí, doña Elvira. Por tanto yo seré para usted "don Justiniano", o mejor, "don Justo". ¡Un nombre más expresivo y adecuado!... Ni usted ni yo estamos ya para mimos. Elvira para acá... Justiniano para allá... así, con la mayor impudicia y envueltos en un tu-

teo degradante. ¡Se acabó! Ya no somos jóvenes. Debemos aprender a comportarnos con extrema castidad dentro del sacramento del matrimonio. Castidad de palabra... y de hecho. ¿Qué dirían nuestros huéspedes si nos vieran hacer gala de una promiscuidad...? Nada más edificante que la esposa que sepa bajar la vista ante el esposo y tratarlo con el respeto de un padre...

(Tratando de superarse a sí mismo).

...o de un abuelo.

Doña Elvira

¿No te estás envejeciendo demasiado, Justiniano?

Don Justiniano

(Implacable).

Querrá usted decir, "don Justiniano".

Doña Elvira

(Resignada).

Es verdad. Debo acostumbrarme.

Don Justiniano

Los llenaremos de admiración. Ya sabe usted: "don Justo, don Justo".

(Teresa baja en ese momento. Ha cambiado su peinado y subido el cuello de su blusa. Su rostro muestra una seriedad que linda con la desesperación. Don Justiniano la mira complacido).

¡Magnífico! Estamos en camino de ser una familia perfecta. Y de no ser por la presencia de su sobrino, "señora", lo seríamos. Le dirá usted que se marche lo antes posible de esta casa.

Teresa

(Dejándose caer en uno de los bancos).

¡Oh!

Doña Elvira

(Prontamente).

¿Qué motivo le daremos?

Don Justiniano
Cualquiera.

Teresa

Recibe usted con los brazos abiertos a dos desconocidos y en cambio echa a un familiar a la calle.

Don Justiniano

Cada sacerdote es siempre un conocido para mí.

(A doña Elvira).

Debería usted explicar a Teresa las normas de disciplina que han comenzado a regir en esta casa.

(Volviéndose a Teresa, bruscamente).

¿Qué interés te ha surgido, de pronto, por ese charlatán? ¿No será que...?

Teresa

(Exasperada).

¡Terminelo! ¡Dígalo!

Doña Elvira

La está usted ofendiendo... "don Justo" al suponerla interesada en él. ¿No es cierto, Teresa? Haz que comprenda de una vez...

(La voz de doña Elvira es ansiosa, como si quisiera que las cosas no pasasen de allí).

Teresa

(Bajando la cabeza).

Tía Elvira tiene razón. Nada hay que temer.

Doña Elvira

¿Lo ve usted?

Don Justiniano

Sin embargo, el muchacho debe irse. Puede darle unos días para que escoja el sitio adecuado donde terminar sus vacaciones. Como verá usted, lo trato con las consideraciones debidas.

Doña Elvira

Ahora resulta que él, además de que lo obligamos a marchar, debe darnos las gracias.

Don Justiniano

Es lo correcto.

(Se oye el ruido de un motor acercándose).

¡Dios mío, si son ellos!

Teresa

(Por lo bajo, a doña Elvira).

¿Podremos soportarlo?

Don Justiniano

(Llamando hacia afuera).

Inocencio, Inocencio...

Inocencio

(Liegando afanoso, gorra en mano).

Aquí, señor.

Don Justiniano

¿No has oído?

Inocencio

Iba a recibirlos cuando usted me llamó.

Don Justiniano

¡Apúrate, entonces! ¡No tardes! ¡Corre!

(Volviéndose).

Hay que tener calma, mucha calma. No debemos estar agitados ante ellos. No es conveniente. ¿Pero qué es de Teolinda, Dios mío? ¿Quiere echarme a perder el recibimiento?

(Asomándose a la derecha).

¡Teolinda! Y usted ahí, sin hacer nada, sin ayudarme.

Doña Elvira

Aún no sabemos cuáles son sus planes.

Don Justiniano

¡Teolinda!

(Teolinda aparece por la derecha).

¿Es que no te has dado cuenta de quiénes han llegado?

Teolinda

¿Quiénes van a ser? ¡Ellos!

Doña Elvira

Prepara una limonada. Vendrán sedientos del viaje.

Don Justiniano

Eso puede quedar para después.

(A Teolinda).

Sabes lo que hay que hacer, ¿no?

Teolinda

¡Lo sé!

Don Justiniano

¿Crees que saldrá bien?

Teolinda

Es de esperarse.

Don Justiniano

¡Ya llegan! Vamos, vamos, una expresión más dulce en esos rostros.

(Junta las manos con unción y se prepara).

Inocencio

(Entrando con los padres)

Por aquí, por aquí.

(Los padres llegan sonrientes. Se sacuden el polvo de las negras sotanas, golpeando con las manos sobre los faldones. Saltan discretamente sobre uno y otro pies. El padre Angel Inurria es pequeño. En su cara generosa hay un toque de picardía y de inocencia: de ahí el encanto de su trato. Los espejuelos suelen caerle de vez en cuando sobre la punta de la nariz; entonces él escruta sobre ellos a su interlocutor. El padre Hobson es más atildado. Joven y fuerte, más que un sacerdote parece un atleta. A veces se yergue, consciente de su musculatura. Respira hondo, levantando cabeza y hombros como si el aire fuera un alimento precioso).

Don Justiniano

¡Queridos padres!

Padre Inurria

Mi buen don Justiniano.

(Le tiende una mano, pero don Justiniano en un arrebato súbito de piedad, cae de rodillas).

Don Justiniano

Bendígame a mí y a mi casa. Es este un momento inolvidable para nosotros.

Padre Inurria

(Azorado).

Por Dios, levántese usted, don Justiniano; ni la ocasión tiene demasiado mérito, ni es necesario que me confunda usted con el señor Obispo.

Don Justiniano

(Manteniendo baja la cabeza).

Debe usted bendecirme, padre.

Padre Inurria

(Dando una mirada al padre Hobson por encima de sus lentes).

Bueno, vaya, vaya, está bien. Dios te bendiga, hijo.

(Hace un signo rápido sobre la cabeza de don Justiniano).

Don Justiniano

(Radiante, levantándose).

Si bien no es usted el señor Obispo, merecería serlo. Es usted tan piadoso como él.

Padre Inurria

Aunque un poquitillo menos opulento, ¿eh?

(Le guiña un ojo y se sonríe. Rien todos, discretamente. Don Justiniano queda desconcertado. To se. Teolinda e Inocencio cambian miradas de picardía. Salen, haciendo señas y sonriendo).

Don Justiniano

¿Es este el padre... el padre...?

Padre Inurria

Hobson. Tengo el gusto de presentárselo.

Padre Hobson

Encantado.

(Le da la mano con tanta fuerza que don Justiniano la retira prontamente).

¿Le hice daño? Le ruego perdonarme.

Padre Inurria

El Padre Hobson tiene una fuerza terrible. A veces le cuesta trabajo controlarla, ¿sabe?... No se da cuenta y pues...

(Empuña una mano haciendo la imitación del padre Hobson).

...ahí viene entero todo el Paraguay.

Don Justiniano

¿El Paraguay?

Padre Inurria

Si; fue allí donde estuvo de misionero.

Don Justiniano

(Después de mirarlo con asombro).

Y ahora, mi familia.

Doña Elvira

(Dándole la mano al padre Inurria).

¿Han hecho ustedes un buen viaje?

Padre Inurria

Hasta Santiago, sí. Allí empezaron las complicaciones. El transporte, ¿sabe? Pero qué más da,

(Al padre Hobson).

nos hemos divertido, ¿no, padre?

Padre Hobson

(Con humor).

¡Vaya que sí!...

Padre Inurria

(Dándole la mano a Teresa).

¡Hermosa chica!

Teresa

Gracias, padre.

Don Justiniano

Un cumplido inmerecido. Lo lógico es que lo rehuses, en vez de agradecerlo.

Padre Inurria

Si es que los mozos de por aquí no son mudos, además de ciegos, estará acostumbrada a oírlos.

Teresa

(Expresamente, por contrariar a su tío).

Muchísimas gracias, padre.

Don Justiniano

(Nervioso).

Comprendo. Nos investiga usted de una manera sutil; trata us-

ted de descubrir nuestras flaquezas. No se duerme usted. Eso está bien, muy bien. ¿Se da usted cuenta, doña Elvira?

Padre Hobson

(Le ha dado la mano a doña Elvira poniendo empeño en hacerlo lo más suavemente posible).

¿Es usted amiga de la casa?

Doña Elvira

¿Cómo?

(Riendo).

Oh, no, padre: soy la esposa.

Padre Hobson

Como la llamaba doña Elvira...

Doña Elvira

Don Justiniano y yo hemos convenido en ese trato como el más apropiado.

Padre Hobson

(Dándole la mano a Teresa)

Es curioso.

Don Justiniano

¿Pero es que no han traído el equipaje, todavía? Cerciórese usted, doña Elvira, de que lo hagan con toda eficacia y rapidez.

Padre Hobson

Es que lo están desamarrando de la parte de atrás del jeep.

Doña Elvira

(A don Justiniano).

No tenga usted temor alguno al respecto. Yo dirigiré la operación.

Padre Inurria

No debería molestarse.

Doña Elvira

Lo haré con mucho gusto. Además, quiero buscar a mi sobrino para presentárselo. ¡Estará encantado de conocerlos! ¡Ya lo creo!.

(Sale por foro).

Don Justiniano

(Que ha quedado mudo de asombro).

¿Jeep?... ¿Han venido ustedes en jeep?

Padre Inurria

(Sentándose).

Desde Santiago hasta aquí hemos probado toda clase de locomoción, desde la amable carreta hasta ese divertido artefacto. Y no lo hemos hecho en burro a causa de nuestros bártulos.

Don Justiniano

¡Jeep!... ¡Carreta!... ¡Dos ministros del Señor!

Teresa

(Melancólica).

Estamos aquí tan lejos de todo.

Don Justiniano

Debieron contratar un carro, el mejor...

Padre Inurria

¡Lo que nos hubiéramos perdido! Una verdadera aventura, que

darse en mitad del campo con los bultos en el suelo. El pobre carretero estaba consternado. Allí se bifurcaban nuestros caminos. Hizo lo que pudo.

Don Justiniano

¡Increíble!

Padre Hobson

Descuide. A mí como recién llegado al país me ha servido a las mil maravillas para conocer el paisaje.

Padre Inurria

¡Fué magnífico! A decirle verdad, me sentí niño otra vez.

Padre Hobson

Imagínese, se ha puesto a cantar a viva voz canciones de su tierra.

Don Justiniano

¿Allí, en plena carretera?

Padre Inurria

(Sonrojándose).

Por Dios, padre, no ha sido más que una coplilla...

Padre Hobson

Con unos "pasillos" de baile, que ya verá usted...

Padre Inurria

(Enternecido por el recuerdo).

Más de veinte años... Fue como encontrarme otra vez con algo que era mío. Esos campos tan claros, el arroz brotando tan tierno como una bendición y una bandada de patos humedeciendo el aire con sus alas recién lavadas... No importaba que los paisajes fueran distintos. La emoción era la misma. La misma de aquel día en que,

del brazo de mi madre, me paseaba por la campiña, después de decir mi primera misa. A lo lejos un labrador cantaba una canción...

Padre Hobson

¡Hermosísima! Repítala usted, padre.

Padre Inurria

Imposible.

Padre Hobson

(Animándolo).

Vamos...

(Doña Elvira y Ricardo entran, más atrás Inocencio con dos maletas. Teresa le hace señas para que salga en puntillas. Inocencio sale cuando el padre Inurria empieza su canción, lo que le hace mover la cabeza, desconcertado.

Padre Inurria

(Canta primero a media voz, luego con mayor entusiasmo).

"Qué doloroso es el amor.
Qué doloroso y qué grande.
Si así no fuera el amor
yo no diría que te amo".

"Maitasum oñazea
bai-dala aundiá.
Ez-palits maitasum
aim onazekora
esango ez neustzuke
maite zaitte dalá".

(El padre Inurria termina su copla dominado por una gran emoción. El padre Hobson hace un momento de silencio y después inicia unos aplausos que rom-

pen la tensión reinante. Todos aplauden. Don Justiniano, por supuesto, se abstiene).

Doña Elvira

Lo hace usted maravillosamente.

Teresa

Una copla preciosa.

Ricardo

(Batiendo palmas).

Bravo, bravísimo.

Padre Inurria

(Levantándose para agradecer, como un actor).

Oh, gracias, gracias...

Don Justiniano

(A quien la escena enoja, señalando las maletas).

¿Eso es todo?

Padre Hobson

Oh, no, hay más, hay más.

Doña Elvira

(Divertida).

¡Ya lo verá usted, don Justiniano!

(A los padres).

Este es Ricardo, mi sobrino.

Padre Inurria

Encantado. Esperaba encontrarme con algún mocosillo travieso.

(Entusiasmado).

Padre Hobson, he aquí al compañero ideal para sus excursiones a caballo.

(El padre Hobson le da la mano lleno de entusiasmo, pero se excede).

Ricardo

¡Anda!

(Agita su mano derecha en el aire, aliviándola del apretón).

Padre Inurria

Padre Hobson, ¿otra vez?

(El padre Hobson enrojece y Ricardo ríe por lo bajo. Doña Elvira y Teresa salen por la izquierda arrastrando las maletas).

Don Justiniano

¿Excursiones, ha dicho usted?

Padre Inurria

Si, excursiones. El Padre Hobson tiene verdadera locura por los caballos.

Don Justiniano

Nunca pensé que su compañero fuera tan joven. Cuando usted me escribió pensé...

Padre Inurria

...pensó que sería uno de esos padres aburridos que hablan del infierno durante todo el día. Comprendo su temor. El padre Hobson es lo que se llama un gran tipo, ¿sabe?

Don Justiniano

¿Y dice usted que hizo labor de misionero?

Padre Inurria

Durante cuatro años. Así fue como salieron esos músculos; clavando tiendas de campaña, echando abajo bosques, levantando capillas...

Ricardo

¿Hizo usted todo eso?

Padre Hobson

Pero no hay que tomarme por un héroe. Esa vida me gusta.

Padre Inurria

(A Ricardo).

Venga a ver. Toque aquí, venga...

(Le dobla un brazo al padre Hobson, quien de inmediato endurece el bíceps).

Ricardo

(Tocando y silbando de admiración).

¡Fenomenal!

(Más entusiasmado a medida que toca).

¡Estupendo!

Padre Inurria

Acérquese usted, don Justiniano... ¡Constata, constata!

Don Justiniano

(Apartándose y levantando una mano como para protegerse).

Reconozco que esa fuerza tiene mucho que ver con la fe, pues fue adquirida en lucha contra la impiedad, por llevar el Evangelio a los salvajes. Es, pues, una musculatura santa y como tal la acato. Eximame sin embargo, padre, de tocarla.

Ricardo :

¡Pero si no le pegará a usted!

Padre Inurria

No hay que temer al padre Hobson... ¡por supuesto! Son ejercicios inocentes.

(A todos).

El padre Hobson es admirable.

(El padre Hobson se infla).

Debo haceros una pequeña confesión: me está dando clases.

Don Justiniano

¿De prédica a los indios?

Padre Inurria

No. ¡Jiu-jitsu!... ¿Cómo era aquella llave, padre? El comienzo era de esta manera.

(Se cuadra. Doña Elvira y Teresa vuelven).

Padre Hobson

¡Ajá! Enseguida venía yo y hacía esto...

Padre Inurria

Después yo respondía así...

Padre Hobson

(Guiña un ojo a los espectadores que siguen la pantomima casi sin respirar, en vilo y aterrados. Da una vuelta sorpresiva y el padre Inurria queda prácticamente suspendido a un metro del suelo).

¿Y entonces?...

(El padre Inurria, desde su posición, mira angustiado a su vencedor, quien después de regustarse en su victoria lo vuelve a depositar, indemne, en el suelo).

Padre Inurria

¡Caray! Siempre me toma usted desprevenido.

Padre Hobson

Es que olvida usted volverse antes de que el enemigo se lo haga hacer a la fuerza.

Padre Inurria

(Arreglando su sofana).

Le aseguro que para otra vez tendré mayor cuidado.

Ricardo

Tenia usted razón tía, nuestros padres son toda una revelación.

(Al padre Hobson).

¿Podrá usted darme algunas lecciones a mí también?

Padre Hobson

Si lo desea, desde mañana mismo.

(Doña Elvira y Teresa se retiran por foro, para ayudar con el resto del equipaje. Sonríen y hacen sus propios comentarios).

Don Justiniano

A este joven habria que enseñarle, mejor, el amor al prójimo.

Ricardo

(Incómodo).

¿Forma usted parte de él?

Padre Inurria

lo un deporte. Descuide. Aun seguimos creyendo en aquella otra mejilla".

Don Justiniano

eme usted que, a su edad y vistiendo el sagrado hábito, le a tierra con una sola de esas... llaves?

Padre Inurria

os hace menos orgullosos. ¡Cuántas soberbias se aplacatuvieran la oportunidad de besar el santo suelo más a!

Don Justiniano

lo desde ese punto de vista tiene su interés...

(Se oye el motor del jeep que arranca espasmódicamente).

Padre Hobson

os va sin que hayamos tenido tiempo de reiterarle las

Padre Inurria

en otra ocasión. Fue un favor por otro. El jeep pertenece ingeniero de carreteras. Se había atascado en una zanja y e lo ayudó a sacarlo.

Ricardo

mpujoncito suave y ya estaba afuera, ¿eh?

Padre Hobson

ó comprometido a mandarnos hasta aquí. No le quedó más

Padre Inurria

ayudó usted desinteresadamente...

Padre Hobson

Dijo usted tan a tiempo y compungido aquellas frases: "Podeis seguir viaje, que nosotros continuaremos a pie". El pobre hombre no pudo hacer otra cosa que quedarse y poner el jeep a nuestra disposición, con chófer y todo.

(Ríen ambos padres).

Don Justiniano

(Impaciente).

¿Habrá sufrido el equipaje?

Padre Inurria

El padre Hobson se encargó de amarrarlo concienzudamente.

Don Justiniano

Lo decía por precaución. Como traerán ustedes objetos piadosos, reliquias, estampitas para los campesinos...

(Los padres se miran. Lo que oyen les cae encima con un peso insospechado. Teolinda e Inocencio llegan cargando el resto del equipaje. Este no es otra cosa que una colección de artefactos rarísimos, entre los que se destacan una caña de pescar, una red con su mango para cazar mariposas etc... De un paquete a medio envolver sobresalen unos compresores para gimnasia. Don Justiniano, observándolo todo con los ojos bien abiertos:)

Por supuesto que se han equivocado de equipaje.

Inocencio

Trajimos lo que se nos dió. Por lo demás no había otra cosa que traer, a menos que fuera el conductor.

(Sale)

Padre Inurria

No hay equivocación alguna, don Justiniano. Todo viene conforme.

Teresa

(Entrando desde foro con un paquete).

Un equipaje interesante.

Ricardo

Y sumamente instructivo.

Don Justiniano

¿Y esto, qué es?

Padre Inurria

Mi red... Porque supongo que habrá mariposas por estos lados.

Teresa

Unas pintal-as que da gusto verlas.

Padre Inurria

¿Doradas y con un doble borde negro y encarnado...?

Teresa

Si... creo que he visto de esas. Por la tarde hay un verdadero enjambre. Casi se siente una perseguida por ellas.

Padre Inurria

(Con entusiasmo infantil).

Ya ve, padre, se lo dije. Tengo que encontrar mis "Liberatas Obstensorias".

(A Teresa).

Irá usted conmigo. Las cazaremos juntos.

Teresa

Estoy a su disposición...

Padre Hobson

¡Dios mío, qué descuido! Por poco llega partica mi caña de pescar.

(Buscando).

¿Y mis pesas? ¿Adónde están mis pesas?

Inocencio

(Viniendo desde el patio con un saco que parece pesar una encruidad).

¿Serán éstas, padre?

Padre Hobson

¡Uf! Me ha hecho usted volver el alma al cuerpo. Póngalas ahí. Con cuidado, con cuidado...

Don Justiniano

(Se pasea nervioso de un lado a otro. A doña Elvira que entra con algunas cosas, acompañada de Teolinda).

No puede ser. Imposible. ¿Me estoy volviendo loco, Elvira?

Doña Elvira

Está "usted" en sus cabales, "don Justiniano".

Don Justiniano

Eso es: "don Justiniano". Quiero decir: "doña Elvira".

Doña Elvira

¿Puedo ordenar la limonada?

Don Justiniano

(Ha tenido una idea. Con renovados bríos).

¡Claro! ¡Está claro! No puede ser de otra manera. ¿Limonada, dijo? No es este momento para limonadas...

(A Teolinda e Inocencio, aparte, mientras los padres revisan el equipaje).

Ya es hora. Seguirán luego con el equipaje. Apurarse. ¡Orden y circunspección!

(Los sirvientes salen por foro. Don Justiniano se aclara la garganta y empieza su discurso con una clarinada de alerta).

¡Queridos padres!

(Los padres se vuelven a una, como movidos por un resorte).

Mi corazón los esperaba con una impaciencia tal que sólo por una incomprensible torpeza pude presenciar sus estratagemas con desaliento. ¡De cuán poca sagacidad he dado muestras! Ustedes han estado fingiendo y yo sin percatare de ello. Se han dicho ustedes: "Vamos a una casa cuyas costumbres están muy alejadas de las nuestras, procuraremos transigir un poco, con lo cual mostraremos gratitud por la bondadosa invitación que se nos hace". De ahí las historias de juventud, las coplas, los piropos a la niña y el... jiu-jitsu. ¡Cuánto debieron sufrir al tratar de deponer la natural gravedad de sus condiciones en aras de unas costumbres locas a las que, debo decirlo para que no haya confusión, nos oponemos y repudiamos como a los únicos males de nuestra sociedad.

(Al padre Inurria).

No diga usted nada. Nada tiene que alegar en su justificación: lo comprendemos. La caña de pescar, las pesas y el cazamariposas no eran otra cosa que el disfraz con que querían esconder una piedad intachable.

Doña Elvira

(Por lo bajo).

Está usted empeorando las cosas, don Justiniano.

Don Justiniano

(Sin escucharla).

Pueden ya respirar tranquilos. Ser, pues, ustedes mismos, los verdaderos ministros del Señor.

(El padre Inurria quiere hablar).

Se lo aseguro, no valdrán protestas. ¿Iba yo a caer de rodillas ante usted si no estuviera seguro, segurísimo, de su inmensa piedad? Mas si dudaron de la mía, esperen y verán... Es una sorpresa... Aquí, aquí, a este lado...

(Saca de uno de sus bolsillos la campanilla y la toca con ostentación. Entonces se inicia un desfile de campesinos con imágenes sagradas en alto adornadas de flores de papel, a manera de una procesión de gran colorido. Rezan y cantan en voz baja. Van pasando ante los padres; unos se inclinan y les besan las manos, otros se arrodillan. Los padres quieren protestar, pero la mirada de don Justiniano los detiene. Entre los que desfilan pasan Inocencio y Micaela. Esta última se arrodilla y se arrastra de un padre a otro para besarle los bordes de las sotanas. Satisfecha, se levanta y al pasar ante don Justiniano hace con las manos un ostentoso gesto de piedad que éste secunda. La escena debe tener ribetes de pantomima. Teolinda trae el jarro de limonada y vasos que coloca en la mesa. Se ha puesto un pañuelo sobre la cabeza, como las demás mujeres. La procesión comienza a penetrar por la puerta grande de la izquierda).

Padre Inurria

¿Adónde van ahora?

Don Justiniano

A la capilla.

Padre Inurria

¿Tiene usted una capilla?

Don Justiniano

Bien lo pensaba: usted no creía en nosotros. Sí, padre: capilla, y usted será el encargado de dirigir nuestra acción de gracias de las diez de la mañana.

Padre Hobson

¿Dan gracias también a otras horas?

Don Justiniano

A cada hora. Es natural.

(El padre Hobson traga saliva).

Padre Inurria

¿Y esta gente?

Don Justiniano

Sirvientes, campesinos, agricultores de mi dependencia que han venido a testimoniarnos su adhesión.

Padre Inurria

Estamos realmente conmovidos

Padre Hobson

No era necesario. Hemos causado enormes trastornos.

Padre Inurria

(Que ya está en la cosa).

No lo diga, padre. No sabe usted lo que dice.

Niño

(Echándose a los pies del padre Inurria).

Pido perdón por mis pecados.

Padre Inurria

¿Tienes pecados tú, a tu edad, hijo mío?

Niño

(Encantado).

¡Claro!... Muchísimos. Eso me dice siempre el señor.

Padre Inurria

Bueno, bueno, levántate y a la capilla.

Niño

(En secreto).

No se lo diga a nadie, pero tengo...

(Cuenta con los dedos).

seis pecados grandotes. De verdad. Y uno chiquito, así... ¿Cómo voy a llegar a grande, si no tengo pecados?

(Une el índice y el pulgar para indicar el tamaño de su pecado. Luego se va corriendo. Los padres sonríen).

Don Justiniano

Por aquí. Estoy seguro de que la capilla les gustará.

(La gente ha entrado en la capilla, cantando. Los padres se sacuden las sotanas. El padre Inurria zapatea un poco tratando de limpiarse los zapatos, de modo que casi parece haber iniciado un paso de baile. Don Justiniano lo mira con detenimiento. El padre Inurria se detiene, ruborizado. Salen. Doña Elvira ya lo ha hecho. Teresa va a imitarla cuando Ricardo la toma de un brazo.

Teresa

¿Qué haces?

Ricardo

Debo hablarte ahora mismo. Aquí.... En cualquier sitio.

Teresa

¿Estás loco? Suéltame. Es imposible. Si nos encuentran conversando, me encierran. Y en cuanto a ti, pues ya ves, han dispuesto que debes marcharte. Te harían ir antes de lo convenido.

Ricardo

¡Con que esas tenemos!...

Teresa

Oh, no debí adelantarme. Tía no me lo perdonará.

Ricardo

Era de esperarse. No cuadro aquí. A nadie soy simpático.

Teresa

Menos a tía...

Ricardo

¿Y a nadie más?

Teresa

Y a mí.

Ricardo

¿De veras?

Teresa

De veras.

Ricardo

Entonces...

Teresa

Entonces, nada.

(Se pone un velo sobre la cabeza).

Ricardo

(Sonriendo).

Parece que no le ha salido bien la cosa al viejo, ¿eh?

Teresa

Ahora será peor.

Ricardo

La verdad, son un encanto estos curitas. No me lo imaginé nunca... ¡jiu-jitsu!

(Se cuadra como momentos antes lo hiciera el padre Hobson. Ríe).

Teresa

Cállate, que nos oirán.

Ricardo

(Tomándola de la mano).

Ven...

Teresa

(Dulce).

Imposible.

Ricardo

¿Cuándo?...

(Ella duda).

¿Cuándo...?

(Va a responder cuando entra doña Elvira).

Doña Elvira

(A Teresa).

¡Adentro! ¡A la capilla!

(Teresa sale).

Ricardo

Usted sabe que Teresa y yo...

Doña Elvira

Olvidalo. Oyelo bien: ¡olvidalo!

Ricardo

¿No lo aprueba usted?

Doña Elvira

Quiero tu felicidad y la de Teresa, pero estás empeñado en un imposible.

Ricardo

(Rebelándose).

No sabe usted de lo que soy capaz

Doña Elvira

(Angustiada)

¿Qué dices?

Ricardo

Ya lo verá usted.

(Pausa. Reflexionando).

Tranquilícese. ¿Qué puedo hacer, si no es conformarme?

(Sale por la derecha. Doña Elvira se retuerce las manos, indecisa. A trechos se oye un rumor de rezos que crece y decrece entre los diálogos. El Padre Inurria asoma, viniendo de la capilla. Se enjuga la frente con un pañuelo).

Doña Elvira

(Solicita).

¿Se siente usted mal?

Padre Inurria

No es nada. Un pequeño mareo. Es el calor y un poco de cansancio. Cuando uno va para viejo suceden estas cosas. ¿Tiene usted por ahí un vaso de esa limonada?

Doña Elvira

Por supuesto.

(Le sirve).

Padre Inurria

Por lo bajo, le dije al padre Hobson que me sustituyera.

Doña Elvira

Mire, padre...

Padre Inurria

No tiene que decir nada. Comprendo. ¡Paciencia!

Doña Elvira

Debo decírselo. Temía la visita de ustedes casi como un mal.

Padre Inurria

Ahora, en cambio, seremos dos aliados.

Doña Elvira

Lo siento por su vacaciones

Padre Inurria

¡Bah! De todos modos él es un hombre recto y temeroso de Dios. Tal vez esternos exagerando un poco. Para esa gente, un guía espiritual es una necesidad. Según supe antes de venir, la parroquia queda a unos veinte kilómetros de aquí.

Doña Elvira

Eso es lo malo. El se siente todo un párroco en medio de esta gente. Pienso que lo único que le falta es poder decir misa. De poderlo, tendríamos misas a toda hora. Tantas como actos de gracias. ¿Sabe usted? Esta gente se le esconde. Los domingos sólo quieren descansar, sin que les hablen de nada.

Padre Inurria

Habrá que ir despacio... Despacio...

(Los campesinos salen de la capilla, saludan con la cabeza y se van por foro lentamente).

Creo que el padre Hobson ha sido demasiado parco en las oraciones.

Doña Elvira

También estará cansado y sediento.

(El padre Hobson viene con el niño agarrado a su sotana).

Niño

Cinco y dos siete, ... Siete pecados, todos grandotes. ¿Me darán el infierno por ello?

Padre Hobson

Si continúas preguntándome, sí.

(La madre coge al niño de un brazo y se lo lleva)

Doña Elvira

(A Inocencio, Teolinda y Micaela).

Pueden llevar esos bultos a las habitaciones de los padres.

(Ellos lo recogen y salen por la izquierda).

Padre Hobson

Estoy preocupado. Hemos terminado y don Justiniano sigue allí, de rodillas y con los ojos bajos.

Padre Inurria

En protesta por nuestra conducta. Yo me escapo y usted reduce las oraciones a menos de la mitad de lo acostumbrado.

Padre Hobson

Pero, padre... ¡Un Credo y diez Avemarias!

Padre Inurria

Mejor hubiera estado el rosario entero

(El padre Hobson lo mira, desconcertado. Luego, sonriéndole).

No se ha dado cuenta de nada. Se lo aseguro, padre. Mire, aquí está la limonada.

(Le sirve. Mientras ayuda a los sirvientes, doña Elvira ha visto a Teresa mirar hacia afuera. Va a llamarla cuando Teresa, rápidamente desaparece, casi huyendo).

Doña Elvira

Excúsenme un momento, padres. Tengo algo urgente que hacer.

(Sale tras Teresa).

Padre Hobson

¿No encuentra usted algo rara a esta gente?

Padre Inurria

(Haciéndose el inocente).

¿Rara?... No.

Padre Hobson

Entonces hemos llegado el mismísimo cielo

Padre Inurria

Es posible.

Padre Hobson

¿No era demasiado pronto?

(Se miran y suspiran).

Padre Inurria

Mire, hijo, ya salimos de lo peor. Del Réquiem pasaremos al Hossanna. ¡Qué quiere! Un recibimiento es un recibimiento y hay que agradecerlo. Mañana será otro día. Usted a sus caballos y yo... ¡a mis mariposas!

Padre Hobson

No hay como un buen caballo. Nos levantaremos al alba y, ¡zas!, a esperar el sol allá afuera.

Padre Inurria

Lo arreglaré con el sobrino. Yo saldré a pie si quiero conseguir mi ejemplar. Amarillas y negras y escarlatas.

(Suspirando).

Como pedruzcos de sol revoloteando sobre mi cabeza, Como en mi tierra...

Padre Hobson

Es usted un verdadero poeta, padre.

Padre Inurria

¡Adulón!

(Pausa).

Además, podrá bañarse en el río, si quiere.

(El padre Hobson tiene un momento de gran optimismo. Levanta los hombros y respira hondo. Éxtasis. Fruición. Pero dura poco. Don Justiniano aparece enarbolando unas hojas de papel que se prepara a leer como un notario leería un testamento recién abierto).

Don Justiniano

Queridos padres: En vista de que el tiempo es oro y como ya noto la impaciencia que los roe por ser útiles a esta gente abandonada de Dios, he tratado de mal hilvanar un programa que podrá ampliarse según convenga. He aquí detallada nuestra labor de mañana.

(Leyendo).

A las cinco, misa familiar en la capilla a cargo del padre Hobson. A las seis, misa general con la asistencia de todo el vecindario y sermón a cargo del reverendo padre Inurria.

(Levantando los ojos del papel).

Cuyo verbo será un acicate para aquellos de piedad tambaleante,

(Señalándose a sí mismo).

y un regalo para los de piedad firme.

(Vuelve al papel).

A las siete, confesión general a cargo de ambos padres.

(Explicando).

Uno aquí; otro en el patio, bajo el parral.

(Don Justiniano carraspea y va a continuar la lectura. Los padres se miran y caen sentados uno al lado del otro, con el desaliento pintado en el rostro).

Padre Hobson

¡Mis caballos!

Padre Inurria

¡Mis mariposas!

Don Justiniano

¿Hablaron ustedes?... ¿Alguna sugerencia útil, digna de ser anotada?

Padre Hobson

¿Ha hablado usted, padre?

Padre Inurria

¿Yo?... ¿He hablado yo?

Don Justiniano

Así me había parecido. Continúo, pues... A las diez, (porque las confesiones durarán tres horas, aproximadamente), visita de inspección a los hogares vecinos. A las once, Catecismo coreado. A las doce, el Santo Rosario.

Padre Inurria

(Aprieta los labios y cierra los ojos. Parece contener un mal pensamiento. Como si terminara una invocación al buen Dios:)

¡Amén!...

Don Justiniano

A las dos...

Padre Inurria

(Protegiéndose de un pecado inminente, esta vez en voz alta).

Dios te salve María, llena eres de gracia...

(Don Justiniano se santigua y se suma a las oraciones con un suspiro de gratitud. El resto de la oración sólo se oye en un murmullo decreciente. Silencio).

Don Justiniano

(Con renovados bríos).

A las tres...

Padre Inurria y Padre Hobson

(A una, cayendo de rodillas).

Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

(Comienza el atardecer, suavemente rojizo. El padre Hobson está solo, mirando hacia el campo. Como es costumbre en él, respira hondo, levantando el pecho, los brazos en arco despegados del cuerpo. Comienza a boxear con cierta elegancia pausada, con un contrincante imaginario. Se detiene para cerciorarse de si alguien llega; luego continúa su práctica. Ricardo entra por la derecha cuando él está de espaldas en plena refriega).

Ricardo

¿Le sería de algún alivio dirigir contra mí uno de esos "uppercuts"?

Padre Hobson

(Se vuelve).

¡Oh! Me ha sorprendido usted "in fraganti".

Ricardo

¿Qué más da! Para mí, un sacerdote puede hacer lo que le venga en gana.

Padre Hobson

Siempre que no sea el mal. Debe usted agregar eso.

Ricardo

¿Qué es lo más importante: hacer el bien, o evitar el mal?

Padre Hobson

Son dos aspectos del mismo problema

Ricardo

Lo malo de esos temas es que le hacen a uno doler la cabeza.

Padre Hobson

Signo inequívoco de que posee usted una.

Ricardo

Le aseguro que hace un rato yo era un hombre sin cabeza. No estoy acostumbrado a estos ayunos. Un día con sólo dos vasos de leche y unos cuantos pedazos de pan, es insoportable.

Padre Hobson

Don Justiniano nos ha hecho el honor de dedicarnos este ayuno.

Ricardo

Sabía que para festejar se daban banquetes, pero ignoraba que también podían darse ayunos. Mi tío se supera. Quiere deslumbrarlos con su piedad... ¿Soporta usted tales ayunos?... En cuanto a mí, acabo de robar la despensa. Unas lonjas de jamón, dulce de guayaba y un poco de queso...

(El padre Hobson paladea y cierra los ojos perdido en una debilidad casi metafísica).

¿Quiere que le sirva de guía?

Padre Hobson

(Venciendo la tentación).

Lo consideraría poco delicado. Terminaré el ayuno.

Ricardo

Alguien dejó abierta la despensa expresamente.

Padre Hobson

¿Doña Elvira?

Ricardo

De no ser ella, ¿quién?

Padre Hobson

Agradezco la atención.

Ricardo

¿Entonces?...

Padre Hobson

Dos palabras más... y acepto. Pero se lo repito: no estaría bien.

(Suspira, mirando hacia afuera).

Ricardo

Mi tío y el padre Angel, ¿no han llegado todavía?

Padre Hobson

Los espero. Un recorrido de veinte kilómetros a caballo es algo agotador para quien no está acostumbrado.

Ricardo

Sobre todo con el estómago vacío. Le ha tocado a usted la mejor parte.

Padre Hobson

Si; dar el catecismo a la servidumbre. Yo, en cambio, hubiera preferido el caballo.

Ricardo

¿No pudo usted pedir el cambio?... Por supuesto; ¡no hubo oportunidad! Tío Justiniano no acepta la menor alteración en sus planes.

Padre Hobson

Creo que mi juventud lo ha defraudado.

Ricardo

Yo creo que los dos lo han defraudado. Esperaba encontrar en ustedes dos policías de la moral, dos cancerberos y ya ve, le resultan ustedes dos seres reconfortantes, tanto, que tengo la sensación de que no pueden creer para nada en el infierno.

Padre Hobson

¡Vaya! Pues sí que creemos...

Ricardo

Por lo menos nos hacen olvidar que exista un sitio tan horrible.

Padre Hobson

¡Cuidado! Podemos caer allí con muchísima facilidad.

Ricardo

Dígamelo con toda confianza. ¿A cuál sitio de la geografía celeste se encuentra destinado mi tío? ¿Fric... o caliente?

Padre Hobson

(Tratando de ponerse serio)

Va usted demasiado lejos. Le prevenge que...

Ricardo

Mire, padre, mi tío está de que le lean el Evangelio. ¿Sabe a lo que han llegado las cosas? Me hace ir de aquí.

Padre Hobson

¿Tiene un motivo?

Ricardo

Un motivo que se llama Teresa.

Padre Hobson

Así que usted y la chica...

Ricardo

La quiero. Por eso no voy a ser un demonio como él supone

Padre Hobson

Dése usted tiempo. Máchese unos meses y vuelva.

Ricardo

¿Cuando todas las puertas hayan sido tapiadas? No, padre. Es imposible que me cruce de brazos para ver cómo la entierra en vida. Sin embargo, no queda más remedio.

Padre Hobson

Confíe en la Divina Providencia... y espere.

Ricardo

Créamelo, esa señora está muy ocupada atendiendo a todos los que le confían sus asuntos.

(Micaela sale por la derecha. Trae un candelabro de cobre recién pulido. Cruza la escena como una sonámbula).

Micaela

(Al pasar cerca del padre).

¡Ave María Purísima!

Padre Hobson

(A quien la invocación lo sorprende, casi automáticamente).

Sin pecado concebida.

Micaela

Amén.

(Sale por la izquierda, hacia la capilla).

Ricardo

Esa está haciendo méritos. Ya se ha granjeado la confianza del amo. Ahora es la celadora de la capilla. ¿Sabe lo que estoy pensando? Si no habrá aprovechado que la despensa está abierta para proveerse...

Padre Hobson

A juzgar por la entonación con que ha dicho el "Ave María Purísima" le aseguro que no ha comido nada.

Ricardo

O lo representa a la perfección. ¿Puedo creer que ella respeta el ayuno tan concienzudamente como usted?

(Teresa aparece del lado de la capilla. Dobladas sobre un brazo trae casullas, paños de altar, etc. Ricardo, por lo bajo, al padre).

Pero si aquí tenemos a la vestal, a la encargada del fuego sagrado.

Padre Hobson.

Debe usar términos más apropiados.

(Teresa le sonríe. Va a subir cuando se detiene a doblar una de las casullas que se le ha resbalado).

Ricardo

Llámela, padre. Está temerosa. Sólo si usted lo autoriza accederá a hablarme.

Padre Hobson

(Tras un momento de indecisión y a tiempo que Teresa comienza a subir).

Perdóneme, señorita Teresa. ¿Me concede usted unos minutos?

(Enrojeciendo).

Sucede que me extraviado el breviario y pensaba si usted...

Teresa

(Bajando y dirigiéndose a la mesita cercana).

¿Es éste?

Padre Hobson

(Tomándolo).

Bueno, no salió bien la excusa, ¿eh?

Ricardo

(Interviniendo).

¿Por qué huyes de mí?

Teresa

¿Quieres empeorar tu situación?

Ricardo

Me voy... ¿No lo comprendes?... Ni siquiera me das una oportunidad para hablarte, aunque sea por última vez.

Teresa

¿Y si él llegara de un momento a otro?

(Teresa busca apoyo en la mirada del padre).

Padre Hobson

(Con decisión).

Pueden hablar tranquilos. Yo vigilaré.

(Se retira al fondo de la escena y comienza un paseo en el que se lo ve alternar el rezo con la expectación).

Teresa

(A Ricardo).

¿Cuándo te marchas?

Ricardo

Mañana, al amanecer. He tenido instrucciones precisas.

Teresa

¿Y si no lo hicieras? ¿Si esperaras unos días?... Tal vez los padres podrían convencerlo.

Ricardo

Lo pienso, lo intento; pero de inmediato abandono la idea. Lo sufrirías tú. Te ahogarian a fuerza de vigilancia.

Teresa

Ya lo hacen. Micaela es la encargada de seguirme los pasos.

Ricardo

La muy...

Teresa

No hablará. Sabe sacar sus ventajas, pero nada más.

Ricardo

Oh, Teresa, Teresa... ¿qué haremos?

(Le coge las manos. El padre Hobson se detiene y los mira con el rabillo del ojo).

Teresa

Es inevitable.

(Ricardo le besa las manos).

¿Qué haces? El padre nos mira.

(El padre hace algunos gestos de boxeo para fingir distracción. En realidad, se pierde de vista unos momentos. Ricardo atrae a Teresa hacia él y la besa en la boca con sencillez. El padre vuelve, canturreando, para anunciar su presencia. Los muchachos se separan y quedan mudos y pensativos. Teresa es la primera en hablar).

Entonces, adiós.

Ricardo

De aquí a la noche pueden suceder muchas cosas.

Padre Hobson

(Dando la alarma).

He oído el trote de unos caballos.

Ricardo

(Cuando Teresa se apresura a subir).

Tengo que verte una vez más antes de irme. ¡Prométemelo!

Teresa

¡Imposible!

(Sube).

Ricardo

¡Maldición!

(Queda indeciso. De repente parece encontrar una idea. Chasquea los dedos. Va a salir por foro cuando el padre Hobson lo detiene).

Padre Hobson

¿A dónde va usted?

Ricardo

A servirme del único camino que me han dejado... Gracias por la preocupación... y por la vigilancia.

(Sale por la derecha. El padre Hobson se encoge de hombros. Al mismo tiempo entran por foro el padre Inurria, Don Justiniano e Inocencio. Don Justiniano trae una mano en la cintura como signo de dolor).

Inocencio

¿Lo ayudo, señor?

Padre Hobson

¿Ha sucedido algo?

Don Justiniano

Nada. Un pequeño percance.

(Se queja al sentarse).

Inocencio

(Ayudándolo).

¿Le duele, señor?

Don Justiniano

No tiene importancia, he dicho. Más sufrió Nuestro Señor en la cruz. Sólo los escogidos sufren. De esta manera nos parecemos a El.

Padre Inurria

(Al padre Hobson).

Fue debido al caballo. Don Justiniano lo fustigó demasiado subiéndolo a una cuesta, tanto que cuando tuvo que saltar una empalizada no levantó las patas del suelo.

Don Justiniano

Dio señales de un notable espíritu de contradicción. Un animal diabólico.

Padre Inurria

Un animal cansado.

(Al padre Hobson).

A usted le hubiera ido a pedir de boca. Hemos andado treinta kilómetros por lo menos.

Inocencio

El señor debe ponerse unas compresas de agua tibia.

Don Justiniano

¿Usaron acaso los mártires compresas de agua tibia? Un dolor así no debe doblegar a un hombre, ni hacerle soltar el más leve quejido. Es impropio, humillante.

(Trata de erguirse).

Ay, ay, ay,...

Inocencio

Acomódese, señor. No puede usted moverse por ahora.

Don Justiniano

(Manteniéndose erguido).

Deja. Ve a dar de beber a esos endiablados animales. Apacígualos con una buena ducha y haz quemar incienso en las cuadras.

Inocencio

Sí, señor.

(Sale).

Padre Inurria

Si me permite, yo no diría que están endemoniados. Los pobres animales tienen unas caras de angelotes que dan pena.

Don Justiniano

¿Dónde ha visto usted que los ángeles tirasen ceces?

Padre Inurria

Lo que puedo asegurarle no haber visto son demonios tan comedidos y que resollasen con tanta mausedumbre. Estaban nerviosos, eso es todo. Lo que necesitan no es incienso, sino descanso.

Don Justiniano

De cualquier forma, el incienso los preservará de posibles males. Miro siempre con recelo a los animales.

Padre Inurria

Es curioso. A mí, en cambio, me alegran y enternecen como si fueran los niños oscuros de la creación. ¿Se acuerda usted del Santo Pesebre, donde nació el Salvador, del pollino del Domingo de Ramos y de la maravillosa burra de Baalam?

Don Justiniano

Trata usted de enseñarnos la humildad a cada paso.

(Al padre Hobson).

En cuanto a usted, padre, ¿puedo saber algo de sus actividades?

Padre Hobson

Como usted tenía congregados a los campesinos para las tres, hemos rezado el Santo Rosario. A las cuatro hubo Catecismo y a las cinco práctica de cánticos religiosos.

Don Justiniano

¿Se han mantenido disciplinados?

Padre Hobson

Han aprendido bien. Ahora mismo Teolinda sigue repasándoles las oraciones que habían olvidado o que no sabían.

Don Justiniano

Tienen un plazo de tres días para aprenderlas. Para entonces, el que no las sepa queda despedido de mi servicio.

(Se levanta con trabajo).

Iré a refrescarme un poco y luego bajaré para nuestra meditación del atardecer.

Padre Inurria

¿Renuncia, definitivamente, a las compresas de agua tibia?

Don Justiniano

Renuncio. ¡Amo mis sufrimientos! ¡Oh, Dios mío, aprieta tu mano aún con mayor fuerza sobre este mísero pecador!

(El dolor parece arreciar. Se oyen sus lastimeros ayes por un momento, mientras sube. Luego, silencio).

Padre Inurria

¿Ha visto usted qué santidad?

Padre Hobson

Tiene unas reservas de energía formidables. En cambio a usted, ¿qué le pasa, padre? Se ha puesto usted pálido, de repente.

Padre Inurria

(En un delirio creciente).

¿Sabe en qué venía pensando durante todo el camino de regreso? No rezaba, no; me era imposible. Pensaba en unos muslos tiernos de pollo, en unas hojuelas crujientes y doraditas como hostias, en olorosos pescados que muerden su rodaja de limón tierno; y hasta oía los chillidos del cerdo asándose vivo a fuego lento. Y luego pasteles, chorros de miel, montañas de crema, ríos de vino tinto...

Padre Hobson

(Asustado).

¿Está usted delirando, padre?

Padre Inurria

Hijo mío, la imaginación con hambre es cosa seria.

Padre Hobson

¿No han comido ustedes nada en el camino?

Padre Inurria

Había que respetar el ayuno. Los campesinos nos querían agasajar con café o frutas. Don Justiniano se apresuraba a rechazarlos. Yo les explicaba el motivo para que no lo tomaran a desaire.

Padre Hobson

Deberá usted comer algo, padre. A su edad...

Padre Inurria

¿Va usted a echarme en cara mi edad?

Padre Hobson

Lo decía por el esfuerzo de tantas horas de sol.

Padre Inurria

¿Y esa musculatura?... ¿Acaso no hay que alimentarla, también? Nada, bien mirado debe usted estar más hambriento que yo, se lo aseguro.

Padre Hobson

Está usted de vacaciones y no de penitencia.

(Pausa. Probando suerte).

¿Sabe una cosa? Doña Elvira ha dado órdenes de que la despen-
sa permanezca abierta. Es un modo delicado de invitarnos...

Padre Inurria

(Interesado).

¿De veras?

(Va hacia la puerta con el rostro iluminado y la en-
treabre. Luego, arrepintiéndose).

Pero, no. Sería como convertirnos en salteadores. Créamelo, ese
hombre terminará por hacerme sentir un pecador empedernido.
Este ha sido un día de ayuno y de grandes tentaciones. Esta tarde
he cometido un pecado de intemperancia, padre.

Padre Hobson

(Esperanzado, todavía).

¿Rompió usted el ayuno, después de todo?

Padre Inurria

(Concluyente).

Es necesario que empecemos por olvidarnos de nuestros estó-
magos. No pensamos en otra cosa.

Padre Hobson

(Medio avergonzado).

¿Entonces?...

Padre Inurria

Fue cuando el caballo se enredó en la cerca y don Justiniano es-
tuvo a punto de caer. ¿Sabe usted qué hice, mientras él quedaba

allí, suspendido de un pie, como en una de nuestras llaves y mien-
tras el caballo tiraba, dándole vueltas en el aire como si fuera
un muñeco portentoso?

Padre Hobson.

¿Qué hizo, padre?

Padre Inurria

Me he reído, sí señor; he temblado de risa.

Padre Hobson

¿Pudo usted hacer algo semejante?

Padre Inurria

Me rei incontinentemente... Pero entendámonos: ¡por dentro!
Lo que al fin de cuentas viene a ser lo mismo.

(El padre Hobson respira aliviado).

No pude evitarlo. Cuando me di cuenta ya estaba tragándome
aquella risa mala. Lejos estuve de sentir lástima por él. Deberá
usted darme la absolución, padre. Se lo aseguro: ¡la necesito!

(El padre Hobson empieza a reir suavemente, luego
con toda su fuerza. El padre Inurria lo mira, severo,
pero termina contagiado. Doña Elvira baja, ansiosa.
Los padres se callan, súbitamente, pasando sin tran-
sición alguna de la risa a la seriedad).

Doña Elvira

¿Interrumpo?

Padre Hobson

Nos habíamos contagiado una risa que...

Padre Inurria

Dios mío, la hora de dar gracias y yo aquí con todo el polvo del
camino encima.

Doña Elvira

Deseo hablarles un momento antes de que él baje.

Padre Inurria

Excúseme, querida señora, en un momento estoy con usted. Mientras tanto aquí queda el padre Hobson, él es mi otra mitad. Con su permiso.

(Sale por la izquierda).

Doña Elvira

(Sentándose).

Padre Hobson, tengo miedo.

Padre Hobson

¿Qué la atormenta?

Doña Elvira

Ni yo misma lo sé. Es sólo un presentimiento. Ricardo es impetuoso y difícil de hacer entrar en razones.

Padre Hobson

Se va mañana. Nada tiene que temer por ese lado.

Doña Elvira

¿Sabe usted qué ha estado haciendo? Tirando piedrecitas a la ventana de Teresa. Junto con las piedras he visto caer una carta que ella ha recogido. Fui a su habitación a exigirle que me la entregara. Me dijo que no sabía a qué yo me estaba refiriendo. Miente y lo peor es que lo hace por la primera vez.

Padre Hobson

Los enamorados siempre buscan las maneras más complicadas para despedirse.

(Afuera suena un silbido agudo).

Doña Elvira

¿Lo oye usted?... Insiste. No se detiene ante nada.

(El padre Hobson se asoma al patio y el silbido cesa).

Padre Hobson

De seguro me ha visto y se ha marchado.

Doña Elvira

Deben ustedes ayudarme. No tendré paz hasta mañana.

Padre Inurria

(Apareciendo por la derecha. Como ha salido por la izquierda, hacia su cuarto, nadie lo espera por allí. A doña Elvira, lleno de vitalidad, restregándose las manos).

Estamos, pues, a su disposición. ¿De qué se trata?

Padre Hobson

¿A que le adivino el camino que ha recorrido usted para volver de su habitación?

Padre Inurria

Le prohibo que piense mal de un semejante. ¡No creerá usted que cogí expresamente el que pasa por la despensa! Claro que he echado un vistazo. Así, al pasar... ¡Hum! El solo olor me ha reconfortado.

(Vuelve a oírse el silbido. Doña Elvira se levanta, impaciente).

Padre Hobson

Cálmese.

Padre Inurria

¿Pero de qué se trata?

Padre Hobson

Es Ricardo. Ha tirado una carta a la ventana de la muchacha y doña Elvira, como es de suponerse, está angustiada.

Doña Elvira

Y ahora esos silbidos. ¿Se imagina usted lo que pasaría si Justiniano los oyera?

Padre Inurria

¿Está usted segura de lo de la carta?

Doña Elvira

Segurísima.

Padre Hobson

(Como si hablara consigo mismo).

Es curioso. ¿Por qué tanta urgencia? Acababan de hablarse...

Doña Elvira

¿Cómo ha podido suceder? Justiniano pudo haberlos sorprendido.

Padre Hobson

(Sintiéndose culpable).

Yo estaba de guardia.

Padre Inurria

¿Cómo?... Comprendemos, usted pasaba y...

Padre Hobson

He querido decir que consentí en la entrevista como en algo natural y exento de malicia.

Doña Elvira

Oh, Dios mío.

Padre Inurria

¡Pero, padre Hobson!...

(Pausa. El padre Inurria se pasea, meditando).

Usted será. pues, el encargado de investigar con el muchacho lo que decía esa carta.

Padre Hobson

¿Yo?

Padre Inurria

Sí, usted. Tomó usted parte en el asunto. Debe terminar su obra.

Padre Hobson

Tal vez si usted quisiera hacerlo en mi lugar.

Padre Inurria

Ya sé: ¡mi edad! Vaya, vaya sin tardar. Conmigo hay un inconveniente: suelo enternecerme demasiado.

(El padre Hobson va a salir por la derecha).

Padre Hobson, es un olor que le vuelve a uno los ánimos, se lo aseguro.

(El padre Hobson retrocede y opta por salir por foro).

En cuanto a usted, cálmese. Su esposo no debe verla agitada.

Doña Elvira

Gracias. Son ustedes unos ángeles.

(Don Justiniano baja con Teresa. Ella trata de ayudarlo, pero él rehúsa la ayuda. Don Justiniano está mejor acicalado. Lleva polvos en la cara y su calzado es reluciente).

Don Justiniano

¿Se confesaba usted con el padre Angel, doña Elvira?

Padre Inurria

Doña Elvira no ha tenido tiempo de pecar. Comulga todos los días.

Don Justiniano

Siempre sobra tiempo para el pecado. La confesión diaria es una ventaja. La muerte puede sorprendernos en cualquier momento y así estaríamos preparados.

(Va a sentarse. Se queja repetidas veces, llevándose una mano a la cintura).

Teresa

Apóyese en mi brazo. Le sería más fácil.

Don Justiniano

Nada de ayudas. Nada de blanduras. Este dolor me pertenece. Es exclusivamente mío y debo sobrellevarlo con resignación.

(Se sienta).

¿Y el padre Hobson?

Doña Elvira

Fue a llevar a Ricardo unas palabras de aliento.

Don Justiniano

¡Improbo esfuerzo!

Padre Inurria

¿No lo juzga demasiado severamente? Tal vez si recibiera algún estímulo...

Don Justiniano

(Diciendo la última palabra).

Padre Angel, conozco al muchacho. Se va mañana y me alegro. No estoy en condiciones de reconsiderar el asunto.

(Teresa deja caer un libro de oraciones que trae en la mano).

¿Pero qué te pasa querida?

Teresa

(Recogiéndolo).

Ha sido sin querer.

Don Justiniano

Siéntate y prepara tu meditación. Nada mejor para la juventud que reflexionar sobre temas edificantes.

Teresa

¿Es Ricardo un tema edificante?

Don Justiniano

Lo es, lo es... Representa el mundo y sus desastres.

(Indagándola con la mirada).

¿No estás de acuerdo?

Teresa

Sí, tío.

(Teolinda llega desde el patio. Va a hablar, pero la entrada de Micaela que viene de la capilla con unas velas consumidas y unos paños de limpieza, se lo impide. Micaela pasa como la vez anterior, la cabeza levantada como oyendo voces divinas).

Micaela

¡Alabado sea Dios!

Don Justiniano

Por siempre alabado sea su santo nombre.

(Pausa. Como queriendo someterla a una prueba).

¿Qué hora es, Micaela?

Micaela

(Deteniéndose).

Las seis, señor.

Don Justiniano

¿Y qué hora es las seis de la tarde para un buen cristiano?

Micaela

La hora de la gratitud.

(Don Justiniano aprueba, satisfecho. El padre Inurría se suma a la aprobación, por cortesía).

Don Justiniano

Bien dicho. ¿Han dado gracias en mi ausencia?

Micaela

Como el señor lo ordenó. A las dos, a las tres, a las cuatro, a las...

Don Justiniano

Está bien. Vaya y rece ahora un poco con los empleados.

Micaela

Sí, señor.

(Antes de irse).

La señorita Teresa tomó el mando en las oraciones.

(Sale).

Don Justiniano

(A Teresa).

Así me gusta, hija mía.

Teresa

Esa muchacha habla demasiado.

Don Justiniano

(A Teolinda).

¿Y tú, qué haces aquí, en vez de estar ocupándote en algo útil?

Teolinda

(Señalando el sitio por donde salió Micaela).

¿Quiere decir que ésa es aquí más útil que yo?

Doña Elvira

¿Es que vas a discutir, ahora?

Don Justiniano

(Severo).

Habla. ¿Qué deseas?

Teolinda

Los campesinos quieren saber si pueden irse.

Don Justiniano

¿Saben ya sus oraciones?

Teolinda

Con ocho horas de prácticas, creo que hasta en latín las han aprendido.

Don Justiniano

¿Se les advirtió que también deben dar gracias en sus casas?

Teolinda

(Con teatralidad, haciendo la imitación).

Sólo quieren cambiar aquello de "¿quién nos da de comer?" y "¿quién nos da de vestir?" Piensan que decirlo así no es prudente. A veces no tienen qué comer y mucho menos una camisa decente que ponerse encima. No quieren engañar al Señor, dicen ellos. Y si se atreven a decirlo es porque lo llevan pensado bastante tiempo.

Don Justiniano

Pues que no piensen. Su obligación es obedecer.

Padre Inurria

Digales que de cualquier forma Dios sabrá oírlos y remediar sus necesidades.

Don Justiniano

Micaela hubiera sabido qué contestar, sin necesidad de interrumpirnos.

Teolinda

La próxima vez pediré su consejo.

(Sale por el foro, refunfuñando).

Un estorbo; eso es lo que soy, un viejo estorbo, incapaz de rebelarse... Y todo por culpa de esa..

Don Justiniano

El padre Angel nos perdonará interrupciones tan impías. ¿Desea que pasemos a la capilla a iniciar la meditación?

Padre Inurria

Por hoy, permaneceremos en nuestros asientos.

Don Justiniano

Con una condición. Nos repetirá usted el sermón aquel que le escuché durante mi retiro de Cuaresma. Me refiero al primero. Tenía por título: "El hogar o la religión militante".

Padre Inurria

Imposible. Realmente, no sé...

Don Justiniano

Lo ayudaré. Lo recuerdo punto por punto, palabra por palabra, coma por coma...

Padre Inurria

No es apropiado el momento, ni este hogar precisa de aquellos consejos.

Don Justiniano

(Recitando).

"Queridísimos hermanos míos: los hogares de los hombres son como barcas en el mar proceloso de la vida".

Padre Inurria

¡Lamentable! ¿Empezaba realmente así?

Don Justiniano

(Continuando).

"Cuando el huracán azota y las aguas encrespadas del ateísmo..."

(Deteniéndose).

No, no es esa la entonación exacta.

(Ensayando de nuevo. Ahora como si parodiara el discurso de algún político de fama).

"Cuando el huracán azota y las aguas encrespadas del ateísmo amenazan con hundirnos en el abismo sin fin, ¿a cuál tabla nos asimos si no es a la de nuestros hogares, en donde el corazón de Cristo reina lleno de majestad?"

(Lleno de una urgencia desesperada).

"Agárrate a esa tabla, pecador. De lo contrario, teme; ella atizará el fuego eterno para ti".

(Pausa).

¿Lo recuerda ahora?

Padre Inurria

Me avergüenza usted. Debo preparar mejor mis sermones.

Don Justiniano

¡Sacrosanta modestia! Vamos, vamos, continúe.

(Pero don Justiniano es quien continúa).

"Preservad vuestros hogares si quereis salvaros de la hecatombe. Arrepentíos de vuestros pecados. Ahora, antes de que sea tarde".

(Se levanta impulsado por el entusiasmo, sin sentir sus dolores, con las manos juntas y el rostro beatífico).

"Idos a vuestras casas y cambiadlo todo; que no quede un palmo de vuestra casa que no esté santificado; que no haya un solo ser viviente que no proclame la gloria de Dios; ni tan siquiera una hormiga; ni el zumbido de un mosquito que no sea una plegaria".

Padre Inurria

¡Uf!

Don Justiniano

(Se persigna. Saca un librito negro del bolsillo de su saco, lo abre y comienza una pausada salmodia).

Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.

(Se sienta, esta vez con trabajo, puesto que sus dolores parecen volver. Silencio. El padre Hobson y Ricardo han entrado por foro. El padre Inurria los acoge como a sus salvadores).

Padre Inurria

¡Bienvenidos!

(Doña Elvira suspira. Teresa da señales de nerviosismo).

Ricardo

Atendiendo a una súplica del padre Hobson y aprovechando que estaban todos reunidos, he venido...

(El padre Hobson lo insta seguir).

... he venido a despedirme.

(Don Justiniano carraspea).

Han sido ustedes muy amables para conmigo, padres.

Padre Inurria

Ahora don Justo tiene la palabra.

Don Justiniano

(Venciendo una gran resistencia).

Accedo a darte el abrazo de despedida.

(Ricardo se acerca. Don Justiniano le tiende unos brazos flácidos que apenas alcanzan hasta los hom-

bros del muchacho).

Como no tendrás tiempo disponible para volver a visitarnos, te permitiremos que nos escribas. Una carta cada año será suficiente. Adiós, pues.

(Vuelve a su libro. Teresa, que se había levantado durante las palabras de su tío, huye escaleras arriba. Ricardo va a seguirla, pero el padre Inurria lo detiene. Don Justiniano, volviendo la cabeza:)

¿Pero qué le pasa hoy a esa chica?

Doña Elvira

Estará fatigada. Ha trabajado en la capilla durante todo el día.

(Ricardo se acerca a su tía y la besa. Esta, enternecida).

¿Supiste arreglar tus maletas?

Ricardo

Sí.

Doña Elvira

¿Necesitas alguna otra ayuda?

Ricardo

Ninguna.

Doña Elvira

(En voz baja).

Compréndeme... y escíbeme todas las semanas.

Don Justiniano

(Deja su lectura).

Por ser un día de ayuno no podemos despedirte brindando con una copita de vino de consagrar.

Ricardo

Gracias.

(Da la mano a los padres y sale).

Padre Inurria

(Interrumpiendo a Don Justiniano, quien por el gesto da muestras de que quiere iniciar una perorata).

Guardaremos, como la más apropiada acción de gracias, un minuto de silencio.

Don Justiniano

(Agradecido, a la postre).

Meditación a considerar: ¡el infierno!

(Todos están sentados en actitud recogida. Silencio. Teolinda entra por foro con una lámpara encendida).

Teolinda

(Sin darse cuenta de lo que pasa, grita hacia afuera).

¡A ver si miras por donde andas, alélada! Esa muchacha va a acabar con mis nervios. Siempre con los ojos en blanco, como una muerta.

(Don Justiniano tiene una crispación de cólera, pero se mantiene rígido y mudo. Los padres le hacen señas a Teolinda para que se marche. Esta, después

de dejar la lámpara en su sitio, se apresura a hacerlo. Silencio, esta vez más profundo. Quietud).

Padre Inurria

(En un susurro).

¿Qué decía la carta?

Padre Hobson

(Igual).

No hay peligro. Según él era una poesía.

Don Justiniano

(Exteriorizando sus pensamientos).

... Y allí será el lloro y el crujir de dientes...

Padre Inurria

¿Está usted seguro?

(Mirando a don Justiniano, que se revuelve en su asiento. En voz más alta).

Aleja de nosotros tan incómodas llamas como las del infierno.

Don Justiniano

(Golpeándose el pecho).

Mea culpa, mea culpa, mea culpa...

Padre Inurria

(Volviendo a bajar la voz).

¿Cómo dije?

Padre Hobson

(El mismo juego).

Que estoy seguro.

Padre Inurria

Si es así...

Padre Hobson

Eso simplifica las cosas.

Padre Inurria

¿No hay, pues, nada que temer?

Don Justiniano

¡El infierno!

(Los padres se sobresaltan. Juntan las manos y cierran los ojos fuertemente, como si el solo nombre los hiciera estremecer).

Padre Hobson

(Después de una pausa).

Nada, no hay nada que temer.

Don Justiniano

Y no nos dejes caer en la tentación, más libranos de mal...

Padre Inurria y Padre Hobson

(A la vez).

¡Amén!

(Se persignan todos. Don Justiniano ha hecho un movimiento de torsión con el brazo. Se queja lamentablemente, llevándose una mano a la cintura).

Padre Inurria

(Decidido a aprovechar la ocasión).

¡A la cama! ¡A la cama inmediatamente! Con ese dolor es una imprudencia permanecer levantado.

Don Justiniano

¿No nos faltan todavía algunas oraciones?

Padre Inurria

Las dirá usted acostado. Debemos hacer reservas de nuestras fuerzas. Nos queda aún mucho por realizar.

Don Justiniano

Me desarma usted. Obedezco. Doña Elvira les proporcionará un buen vaso de leche. Así daremos remate a nuestro ayuno.

Padre Inurria

Dar de beber al sediento, dar de comer al hambriento... Nunca me habían parecido tan hermosos tales preceptos.

Don Justiniano

¡La leche! ¿No ha pensado usted en cuánta impureza encierran los demás alimentos, comparados con ella? ¡Cuánta blancura hay en un solo vaso de leche! Amo los alimentos blancos: quesillos, natillas, crema fresca y... migas de pan. ¿No cree usted que deberíamos suspender las carnes, por pecaminosas? ¿El amarillo de la yema del huevo, no es acaso un color envidioso?... El blanco es la gloria de nuestros estómagos.

(A doña Elvira).

Traiga a estos padres dos immaculados vasos de leche.

Doña Elvira

¿No tomará usted también un vaso antes de acostarse?

Don Justiniano

Por hoy, iré más lejos aún: ¡ni siquiera lo blanco!... Buenas noches, padres.

Padre Inurria

Buenas las tenga usted, don Justiniano.

Padre Hobson

Buenas noches.

(Don Justiniano sube. Todos se contemplan en silencio y luego suspiran. El padre Hobson, a doña Elvira).

¿Sabe usted lo que el muchacho tiró por la ventana? Una despedida en verso.

Doña Elvira

Si es así, acaba de pasar lo peor. Bueno, traeré los vasos de leche.

(Sale por la derecha).

Padre Inurria

¿Qué le parece? Las ideas de este hombre son inagotables.

Padre Hobson

¡Alimentos blancos!

Padre Inurria

Terminará por hacernos comer cosas insólitas. Cuando usted y Ricardo llegaron, acababa de reproducir uno de mis sermones. ¡Un horror! Cree que lo recuerda con toda fidelidad, pero yo puedo asegurarle que no he dicho ni una de esas palabras.

Padre Hobson

Le creo. Sin embargo, gracias a su especial disposición de ánimo la despedida ha sido todo un éxito. ¿Qué más podía pedirse?

Padre Inurria

(Pensativo).

La cosa está en que no creo lo de la poesía. Definitivamente, no lo creo. ¿Por qué escoger ese momento para dársela y esa forma apremiante, exponiéndose a ser sorprendido? Pudo hacerlo esta tarde, cuando hablaron.

Padre Hobson

¿Cree que los dos han mentido?

Padre Inurria

¡Si lo supiera!

Padre Hobson

Después de todo, el muchacho se va mañana.

Padre Inurria

Mientras tanto, Teresa llora allá arriba, en su habitación y nuestro amigo se pasea nervioso aquí abajo. Una tormenta latiendo dentro de un gran silencio. Eso es lo que siento, lo que es inútil evitar.

Doña Elvira

(Entra con una bandeja que deposita en la mesa).

Aquí están.

Padre Hobson

(Con súbita jovialidad).

Para mí las cosas han tomado el mejor cariz posible.

Padre Inurria

Brindemos, pues, por ello.

(A doña Elvira, mirando su vaso de leche al trasluz).

¿Está usted segura de que es una leche bien blanca?

(Doña Elvira sonríe y alarga el otro vaso al padre Hobson. El padre Inurria va a echar su primer sorbo, con deleite, cuando irrumpe Inocencio).

Inocencio

Por favor, señora, inmediatamente. Hay que hacer algo. ¡Ahora mismo!

Doña Elvira

¿Qué pasa?... Habla, por Dios, hombre.

Inocencio

¡Son ellos! Han cogido los caballos y en este momento parten.
¡Se fugan, señora!

Doña Elvira

¿Quiénes?... ¿De quienes estás hablando?

Inocencio

De la señorita Teresa. ¡Don Ricardo se la lleva!

Doña Elvira

¡Imposible!

Inocencio

¡Oígalos!... ¡Oígalos usted!

(Todos van hacia el fondo. Se oye el galopar de un caballo).

Padre Inurria

(Dándose en la frente).

¿Cómo no caí antes? ¡Eso era!

Doña Elvira

Pero si ella estaba en su habitación...

Inocencio

Han usado la escalera vieja del fondo.

Doña Elvira

(Se ha quedado rígida. Dejándose caer en un asiento)

¡Ahora terminaremos todos!

Padre Inurria

He oído el galopar de un solo caballo.

Inocencio

Estuve a tiempo para derribar a don Ricardo de la silla. La montura cayó con él. Entonces ha subido al caballo de la señorita.

(Retorciéndose las manos).

¿Qué hacer? Sólo atiné a venir hacia acá, corriendo.

Doña Elvira

No hay salvación... ¡Nos ha deshonrado!

Padre Inurria

(Que había quedado pensativo, haciendo chasquear los dedos como quien encuentra una idea).

Nada de lamentaciones... ¡A actuar! Padre Hobson, ¿no quería usted, desde que llegamos aquí, tener un caballo a su disposición? Allí le espera uno. ¡Es suyo!

(A Inocencio).

¡Corra y arregle la montura!

(Al padre Hobson).

No debe volver aquí sin ellos.

Padre Hobson

Pero...

Padre Inurria

¡Es una orden!

(El padre Hobson titubea un segundo pero luego sale. El padre Inurria aun le alcanza a decir con gran calor y simpatía).

¡Encuéntrelos!

Doña Elvira

No los encontrará. Ellos conocen palmo a palmo la región. En cambio el padre...

Padre Inurria

¡Dios lo guiará! Es de esperar que don Justo...

(Señala hacia arriba).

Doña Elvira

Estaba débil y cansado; se habrá dormido. De todas maneras...

Padre Inurria

Confíe, confíe.

(Se asoma impaciente a la noche, que ya ha cerrado por completo. Luego vuelve y se sienta junto a la mesa, al lado de doña Elvira).

Doña Elvira

(Tratando de aparentar serenidad).

No se ha tomado usted su leche, padre.

(El padre coge el vaso como un autómatas. Entonces se oye un trote vigoroso. El padre Inurria se levanta y queda oyendo el sonido que se aleja. Vuelve a sentarse. Deja el vaso de nuevo en la mesa).

Doña Elvira

¿Qué? ¿No la toma usted?

Padre Inurria

(Sacando su rosario).

No. Seguiremos con el ayuno.

TELON

(Al día siguiente. Desde antes de correrse el telón se oye un coro masculino que canta desmayadamente un trozo de música gregoriana. Es de tarde. La escena tendrá esta vez reflejos dorados y rojizos como si la luz proviniera de altos vitrales. A ambos lados de la capilla dos incensarios llenarán la estancia de nubes blanquecinas. Hay además un cuenco de alabastro con agua bendita).

Teolinda

(Gesticulando hacia el patio).

¿Es que no se cansan de atormentarme a una los oídos con repensos?

Micaela

(Entrando por la derecha).

¡Canto llano!

Teolinda

No llano, muy hondo tiene que ser para que se meta en la cabeza de esta manera.

(Micaela tiene un gesto de superioridad. Va a los incensarios y los alimenta. Luego con una garrafa llena el cuenco de agua bendita. Teolinda, siguiendo sus movimientos con interés).

Incienso y agua bendita... Agua bendita e incienso... No estará conforme hasta que nos haya embalsamado.

Micaela

(Con la solemnidad de una sacerdotisa).

Hoy es día de purificar la casa.

Teolinda

(Observándola, con los brazos en jarras).

Una hipócrita, eso es lo que eres, con una linda cara de santa para engatusar al mismísimo demonio.

Micaela

(Se santigua).

¡Jesús!

Teolinda

Entonces, ¿por qué esa cantidad de suspiros y ese andar en puntillas como si alguien se hubiese muerto en la casa?

Micaela

¡Jesús!

Teolinda

¿Y por qué tanto Jesús, como si el nombre del Salvador fuera el de algún pariente carnal tuyo?

Micaela

(A punto de llorar).

¿Por qué me odia tanto?

Teolinda

¿Quieres llorar? ¡Inútil! Otra de tus artimañas.

Micaela

¡Jesús!

Teolinda

¿Lo ves?

Micaela

Está bien. Me callo.

Teolinda

Eso, ni pensarlo. Tú hablas y de una vez. ¿Qué sabes?

Micaela

(Haciendo de la palabra una enormidad).

¡Todo!

Teolinda

(Sobrecogida por el tono).

Calla, mujer...

(Luego, dudando)

¿Y qué es todo?

Micaela

(Sutil).

Ni más ni menos que lo que sabe usted.

Teolinda

Entonces es más de lo que yo esperaba.

Micaela

Pude haber ido al señor con el cuento, pero me he callado.

(En un secreteo malicioso).

¿Cree usted que...?

Teolinda

¿Qué te estás atreviendo a sugerir?

Micaela

¿Por qué no? El padre los encontró bajo el cobertizo que está cerca del río. ¡Estaban abrazados!

Teolinda

Como no podían darse las espaldas, se abrazaban. Han hecho lo más fácil.

Micaela

(Decidiéndose por el romanticismo).

¡Ha sido tan emocionante!...

Teolinda

Lo emocionante será cuando el señor baje de su "santo retiro" y se entere. Entonces no te valdrá ninguna de esas bonitas oraciones que has tenido el trabajo de aprenderte.

¡Jesús!

Micaela

¡Y dale!

Teolinda
(Indignada).

Micaela

¡Ellos!...

(Viendo a los padres que avanzan muy pegados el uno al otro como para darse ánimos).

(Las sirvientas se disponen a salir con un notorio aire de disimulo).

Padre Hobson

(Cuando pasan junto a ellas).

¡Alabado sea Dios!

Teolinda y Micaela

(Con apresuramiento).

Bendito y alabado sea por siempre su santo nombre.

(Salen).

Padre Inurria

Progresá, mi querido padre Hobson.

Padre Hobson:

Crámelo, estoy nervioso. Escúcheme, padre; tal vez si nos hubiésemos abstenido...

Padre Inurria

Abstenerse es el peor modo de equivocarse.

Padre Hobson

¿Hacemos bien tomando parte en todo esto?

Padre Inurria

Mire, hijo, somos un par de sacerdotes en vacaciones.

(El padre Hobson exterioriza su ironía con un pequeño bufido).

Ni vinimos buscando aventuras, ni podemos sustraernos a ellas. Un sacerdote no tiene por qué ser diferente.

Padre Hobson

¿No nos lo conocerá don Justo en los ojos?

Padre Inurria

No si los mantenemos bajos, padre Hobson.

Padre Hobson

Desde que se encerró esta mañana, no da señales de vida.

Padre Inurria

¡Maravilloso retiro que así nos favorece!

Padre Hobson

(Se asoma a la escalera).

¿Qué hará en su habitación?

Padre Inurria

Prácticas de levitación, tal vez. Quiere darnos el gran espectáculo. ¿No ve usted el incienso, la pila de agua bendita y el patio lleno de ángeles que desafinan? He aspirado hoy más incienso que en toda mi vida.

Padre Hobson

Es que se proveerá al por mayor.

Padre Inurria

Tendrá el incienso por sacos y el agua bendita por barriles. Para los tiempos de escasez, se entiende.

(Pausa. Contempla la estancia).

Es como la lujuria del bien.

Padre Hobson

Me asombra usted.

Padre Inurria

(A quien los asombros del padre Hobson terminan por hacerle perder la paciencia).

Padre Hobson, no descarto la posibilidad de que Dios nos hiciera venir aquí sólo para esto. No es este momento para escrúpulos.

Padre Hobson

Admiro su confianza, pero pone usted a Dios, nuestro Señor, en una situación comprometida.

Padre Inurria

A usted no le está permitido dudar, padre Hobson. Dios lo ha hecho su intermediario. ¿Es que acaso no estuvo a su lado, calgando toda la noche?

Padre Hobson

¡Pero en qué situación nos encontramos todavía!

Padre Inurria

Los ha salvado usted, eso es lo que cuenta, aunque falte lo más difícil.

Padre Hobson

Sí; ¡explicárselo a él! ¡Caray!... Si salimos de esto será a nado.

Padre Inurria

(El es ahora el asombrado).

¿A nado?

Padre Hobson

Un dicho del Paraguay. Quiere decir "por un pelo".

Padre Inurria

Está usted delirando con sus selvas del Paraguay.

Padre Hobson

(Suspirando).

¡Son más seguras!

Doña Elvira

(Viniendo desde arriba).

Es inútil: no responde.

Padre Hobson

Yo, por mi parte, no tendría tanto apuro en que respondiese.

Doña Elvira

Sin la ayuda de ustedes, ¿dónde estarían los muchachos a estas horas?

Padre Inurria

Lo importante es que se queden donde están: en nuestras habitaciones.

Doña Elvira

La idea de que ahora estén casados, antes que desanimarme, me estimula.

Padre Hobson

Talvez si hubiésemos esperado...

Padre Inurria

El indisoluble vínculo del matrimonio. ¿No le dice nada esto?

Padre Hobson

(Invulnerable).

Será capaz de dudar de su potestad para realizar esos menesteres. O de levantar una protesta ante el Santo Padre.

Padre Inurria

Su duda es una mala influencia, padre Hobson.

(Teolinda entra presurosa por la izquierda).

Doña Elvira

¿Qué pasa Teolinda?

Teolinda

Es la señorita Teresa. Pregunta por usted, no hace otra cosa que llorar y llamarla. En cuanto a don Ricardo, es casi imposible contenerlo. Esto se complica, señora, se lo aseguro.

(El coro irrumpe con un trémulo miserere).

Padre Inurria

(A doña Elvira).

Impídale a Ricardo cometer una nueva locura.

(A Teolinda).

Y a nuestros ángeles cantores... ¡que descansen! Bien merecemos una tregua.

Teolinda

Ya se me daba a mi que no eran éstas horas de "cantos llacos".

Inocencio

(Entrando por foro).

Señora, el conductor del carro. Vino a decir que sólo podrá esperar hasta las seis.

Doña Elvira

(Angustiada).

¿Dónde está ahora?

Inocencio

Más allá de los portales, donde usted ordenó que se estacionara.

Doña Elvira

Convénzalo de que es necesario aguardar lo más posible.

Inocencio

Lleva ya dos horas allí y parece que la cosa no le gusta.

Doña Elvira

Además, procure asegurarse de su discreción.

Inocencio

Descuide. Para eso soy el padrino.

(Se pone el sombrero y sala pausadamente, en lucha abierta con su traje)

Doña Elvira

(A Teolinda).

Ve y acompaña a los muchachos mientras hablo con los padres.

Teolinda

Sí, señora, claro que lo haré... ¡¡enseguida!

(Sale. Poco después el coro dejará de cantar).

Doña Elvira

¿no sería conveniente que Ricardo se marchara

Padre Hobson

instancias, lo encontraría prudente y nos daría
ansar con más calma.

Padre Inurria

mos, después de todo? Sólo aplazar lo inevita-
que se produciría cuando ya no estuviésemos
o para nosotros, padre Hobson, pero entonces
udado lo necesario. Los muchachos se irán de
quiera... ¡pero juntos!

(suasivo).

va son marido y mujer.

Doña Elvira

padre Inurria. ¡Esperaremos! ¡Hemos rezado

Padre Inurria

(flexionando).

abrará sido poco si no conseguimos la asistencia

Padre Hobson

e se ha mantenido al pie de la escalera).

¡, es él que baja!

Padre Inurria

cielo nos allana el camino.

Padre Hobson

(atiguándose).

Su misericordia nos valga.

Padre Inurria

(A doña Elvira, que se ha quedado sin habla).

¡Animo!

(Están inmóviles y a la expectativa. Don Justiniano
aparece. Al cuello lleva un escapulario gigantesco
como el que usan las congregaciones de terciarios
franciscanos. Su rostro refleja, a través de una de-
sazón interior, un arrebató místico. Viene con las ma-
nos juntas).

Don Justiniano

In nomine Patri et Filiij et Spiritui Sancto. Amen.

(Se detiene).

Cierto, cierto, ciertísimo...

(Mira sin ver, como un enajenado).

Padre Inurria

¿Le pasa algo, don Justiniano?

Don Justiniano

¿A mí? Nada. Hablo con ellas.

Padre Inurria

¿Con... ellas, dice usted?

Don Justiniano

Exactamente. ¡Con mis voces!

Padre Inurria

¡Ah!

Padre Hobson

(Aparte).

Resultados del ayuno.

Don Justiniano

He sido objeto de un milagro. ¡Está claro!

Padre Inurria

... Y las voces son parte de él...

Don Justiniano

Primero fui favorecido con mi curación.

(Da vueltas sobre sí mismo).

Mírenme ustedes: estoy sano como un recién nacido.

(Juntando las manos).

Después llegaron ellas...

Padre Hobson

Y dijeron: "Aquí estamos", "somos sus voces"...

Don Justiniano

San Jorge vino anoche a anunciármelo durante el sueño.

Padre Inurria

¿Reconoció por la voz al santo?

Don Justiniano

Aún después de haber despertado oí claramente el galope de su cabalgadura al alejarse.

Doña Elvira

¡Dios mío!

Padre Inurria

La labor de ese noble bruto ha compensado, pues, la irreverencia de su caballo cuando ayer estuvo a punto de derribarlo.

Padre Hobson

(Alarmado).

¿Oyó usted, realmente, galopar de caballos?

Padre Inurria

(Prontamente).

El de un caballo. Y era el de San Jorge. Descuide, padre Hobson.

(A doña Elvira, haciéndole señas para que vaya a hacerle compañía a los muchachos).

En cuanto a usted, no la detengo más. Puede cumplir con la penitencia que le he impuesto.

Don Justiniano

Así me gusta. Póngale usted cuantas penitencias sean necesarias. Cuenta con mi autorización.

(Doña Elvira sale. Pausa).

¿Por qué este silencio? ¿Es que acaso no saben que deben ensayar sus cantos hasta que los aprendan a la perfección?

Padre Inurria

Descansan.

Don Justiniano

Esta gente necesita severidad. Son mentirosos, perjuros, lúbricos, faltos de fe...

Padre Inurria

Creo saberme de memoria todos los pecados del género humano.

Don Justiniano

Según mis cuentas, hay todavía entre ellos unos cuarenta sin bautizar, entre pequeños y grandes; noventa y cinco que no han hecho la primera comunión; doscientos sin confirmar... y bueno, en cuanto a lo demás...

Padre Inurria

¿Y qué es "lo demás"?

Don Justiniano

Mi lengua se resiste a contarlo

Padre Inurria

Ah!... Comprendemos.

Don Justiniano

¿Saben ustedes qué hacen? Cuando dicen tener buenas intenciones con una muchacha, se la llevan y asunto concluido.

(Sobresalto. El padre Hobson tiene un acceso de tos).

Ultimamente se han producido en la región veinte raptos.

Padre Inurria

(Por lo bajo).

¡Veintiuno!

Don Justiniano

Una monstruosidad.

(Después de una pausa).

Esta mañana los he visto desde mi ventana. Estamos en presencia de una epidemia de... ¿cómo se llama?... Jiu-jitsu. ¿Qué dice usted a esto, padre Hobson?

Padre Inurria

(Visiblemente escandalizado).

Pero, padre Hobson, ¿será posible?

Padre Hobson

(Avergonzado).

Un aliciente para el Catecismo.

Padre Inurria

Le ruego que suspenda tales enseñanzas, padre Hobson.

Padre Hobson

Así lo hare.

(Cuando don Justiniano se vuelve, el padre Inurria da al padre Hobson unos golpecitos en la espalda, a la vez que le guiña un ojo. En este momento el coro comienza el "Maitazum Oñazea", con gran vitalidad y expresión).

Don Justiniano

¿Qué cantan ahora?

Padre Inurria

(Inocente).

¿Están cantando ahora?

Don Justiniano

Y esto parece que lo cantan a gusto, ¿eh?

(Siguiendo la letra).

"Que doloroso es el amor,
qué doloroso y qué grande,
si así no fuera el amor
yo no diría que te amo".

Padre Hobson

(Desquitándose).

¡Pero padre Inurria!

Padre Inurria

Un aliciente para el gregoriano. Después de una de esas coplas cantan un amén que da gusto.

(Doña Elvira ha entrado desde el comienzo del parlamento. Su nerviosismo es ahora mayor. Por detrás de don Justiniano le hace señas al padre Inurria de que en la pieza de los muchachos la cosa no anda bien).

Don Justiniano

(A doña Elvira, imperativo).

Vaya y dígales que los ensayos deben ser utilizados en algo más beneficioso.

Padre Inurria

(Con los bríos de quien tiene una idea urgente que atender).

Debo remediarlo yo mismo ya que soy el único culpable. Acompañeme, padre Hobson.

Padre Hobson

Encantado. Yo también tengo mi falta que reparar.

(Antes de salir, al padre Inurria).

Padre, ¿no nos estará Dios abandonando?

Padre Inurria

Venga; es importante, importantísimo...

(Como si, indirectamente, respondiese al padre Hobson).

Vuelvo enseguida con vosotros. ¡No sabe cuánto me interesan esas voces!

(Salen por foro).

Don Justiniano

Que no se diga que aquí han encontrado frivolidad.

(Alimenta los incensarios. Respira extasiado mientras el humo sube en oleadas lentas. Luego va a la

pila de agua bendita, se persigna y vuelve a su sillón. Antes de sentarse besa con gran fervor su escapulario. Aspira profundamente).

¿No es admirable?... El olor es ya una purificación.

Doña Elvira

(Por lo bajo).

No podremos, Dios mío, no podremos.

Don Justiniano

¿Le es difícil alcanzar un minuto de concentración? Apenas lo reconozco, doña Elvira. Sin duda Ricardo ha tenido la culpa. Ha quedado usted presa de sus artimañas. Suerte que ahora se encuentre a cientos de kilómetros de distancia.

Doña Elvira

(Con una energía que a ella misma le sorprende).

Odia usted a Ricardo sin motivo. Quiere a Teresa y Teresa lo quiere a él. Será inútil oponerse.

Don Justiniano

Le prohibo, absolutamente le prohibo ..

Doña Elvira

(Acercándose, con infinita dulzura).

¿Por qué negarles su felicidad? Trate de comprender. Acéptelo. ¡Acéptelo! Oh Justiniano, Justiniano, si ello fuera posible...

Don Justiniano

(Golpeándose el pecho, confuso).

¿Quién habla?... ¿Quién?... ¿Quién habla?...

Doña Elvira

¿No me reconoces?... Yo le hablo... Yo... Elvira.

Don Justiniano

(Transición brusca).

¿Y Teresa? ¿Adónde está Teresa?

Doña Elvira

(Jugándose la última carta).

Ahora tengo que decirselo. Sí, es necesario. Voy a decirle por todo lo que tiene que pasar una muchacha que es educada como ella, que ha florecido marchitándose, entre el perfume de la cera y del incienso. Voy a decirle lo que son veinte años en compañía de gente vieja a quien se quiere un poco por gratitud y otro poco por comodidad. Hasta que de repente alguien llega y dice su nombre con un poco de ternura en los labios. Y entonces es cuando cae en la cuenta de que el mundo no es malo, que no lo ha hecho el Diablo, como usted supone, sino Dios. Que en el amor no hay vergüenza ninguna... ¿Comprende usted lo que le pasa a Teresa? Se calla. Tanto mejor. Así oirá el resto de la historia. Y le prometo que habrá de interesarle... ¿Pero no me escucha usted?

Don Justiniano

(Lejos de este mundo, como quien rechaza una tentación).

Silencio... ¿No ve que su voz puede auventarlas?

(Va a refugiarse ante la imagen de la Virgen).

¡Oh, Virgen mía, no permitas que mis voces me abandonen!

(Los padres, desde el patio, han asistido, mudos, al final de la escena).

Doña Elvira

(Vencida, yendo hacia ellos).

Será imposible, padre Inurria.

Padre Inurria

No lo creo, mi querida doña Elvira. Atacaremos por un nuevo frente.

Doña Elvira

Pero esas voces...

Padre Inurria

Tendrán que vérselas conmigo.

(Al padre Hobson).

Pronto. Haga lo que le he dicho y espere mi señal. Un milagro es siempre una ayuda, aunque no sea de los muy legítimos.

(El padre Hobson sale por la izquierda. Pausa. Don Justiniano se persigna. La lucha ha terminado. Doña Elvira se pasea, nerviosa).

Don Justiniano

(Al padre Inurria).

Ayúdela, padre Inurria. Se ha desviado del buen camino.

(A doña Elvira).

Vaya a la capilla y espere nuestras órdenes.

Padre Inurria

Le ruego quedarse.

(A don Justiniano, sin darle tiempo a replicar).

¡Siéntese!

(Hay algo en las palabras del padre Inurria que sobrecoge. Lo estamos viendo en un nuevo aspecto bastante sorprendente. Aunque la energía no es su

fuerte, ahora nos convence con ella. Reconocemos al sacerdote en sus funciones de tal, aunque a veces el viejito travieso vuelva a asomar con sus ribetes de ironía).

Estoy tratando de provocar un consejo de familia.

Don Justiniano

Usted se lo ha buscado, doña Elvira. Su conducta ha ido más allá de lo recomendable.

Padre Inurria

Me propongo hacer lo contrario: ¡juzgarlo a usted!

Don Justiniano

(Turbado).

¿A mí?... ¿A mí?...

Padre Inurria

Sí; con el derecho de que estoy investido. ¿No estuvo usted de rodillas, invocando mi bendición, el día de nuestra llegada? Deseo que vuelva a hacer lo mismo.

Don Justiniano

(Se levanta y cae de rodillas).

¡Oh!

Padre Inurria

Metafóricamente, se entiende. Me refiero al acatamiento de mi autoridad.

(Ayudándolo a volver a su asiento).

Se hace necesario que, primeramente, pongamos las cosas en claro. Querido don Justiniano, le debo una explicación. Yo no soy lo que usted piensa; quiero decir, que no lo soy de la manera que usted lo piensa. Su modelo no se parece en nada a la imagen que usted tiene de él... ¡Y no me convencerá de lo contrario!

Don Justiniano

¿Reniega de su santidad?

Padre Inurria

Míreme bien: no soy un santo. ¡Claro que sería bonito serlo, pero tengo demasiado buen humor para lograrlo! Únicamente soy esto: un buen sacerdote. Y pienso que ya es demasiado presuntuoso poder decirlo así.

(Don Justiniano va a replicar).

No me diga usted nada, se lo suplico. Quiere contradecirme y es inútil. Sírvase escucharme como si usted fuera el sacerdote y yo un simple pecador. Esto es nada menos que una confesión.

(Don Justiniano se yergue en su asiento, junta las manos y cierra los ojos. Es la imagen del sacerdote en el confesionario).

Después pasaremos a ocuparnos de usted, se entiende.

(Don Justiniano siente que sus sueños de confesor se desvanecen. El padre Inurria continúa).

Eran nuestras vacaciones y queríamos gozarlas. Cantar en plena carretera, montar a caballo, pescar, cazar mariposas y hacer un poco de... jiu-jitsu...

(Enfrentándolo).

¿Por qué no?

Don Justiniano

(Sabe que algo acaba de volverse en su contra).

Le hemos ofrecido lo mejor.

Padre Inurria

De acuerdo. Elegantes retiros, espléndidos ayunos, refinados minutos de silencio... Decididamente, ha complicado usted las cosas.

Don Justiniano

(Profundamente desalentado).

Siempre pensé que aquel sermón suyo de Semana Santa...

Padre Inurria

¡Dichoso sermón! ¡Olvidelo!... Es cuanto puedo recomendarle.

Doña Elvira

¡Cuán reconfortante es escucharlo, padre Inurria!

Don Justiniano

Debería usted hacerla ir de aquí. Así, de pronto, las mujeres no pueden hacerse cargo, comprender...

Padre Inurria

Una sola carne y un solo espíritu serán marido y mujer.

(Don Justiniano quiere escandalizarse).

Estoy recordando una de las frases que consuma el sacramento.
¡Teología pura!

(Sin darle tiempo a reaccionar).

¡Su milagro!... ¿Sabe usted que a la iglesia no le agrada que así, sin más ni más, sucedan estas cosas? La está poniendo usted en un aprieto.

Don Justiniano

¿No soy, acaso, un elegido?

Padre Inurria

(Aparte).

He aquí uno que no duda.

Don Justiniano

Investígueme. Saldré airoso de cualquier examen a que desee someterme.

Padre Hobson.

Quiere usted poseer un título admirable. Por decirlo así, graduarse de... santo.

Don Justiniano

(Al padre Inurria).

Crea, crea en mí, se lo suplico. Compiuébelo usted mismo. Ayer sufría dolores atroces en mi cuerpo. Hoy...

Doña Elvira

Tenía un buen unguento en el botiquín... Aplicado a tiempo le hubiera usted evitado a San Jorge su faena de anoche.

Don Justiniano

¡Blasfema!

(El padre Inurria arquea las cejas y sube los hombros como quien dice: "Qué se le va a hacer". Don Justiniano, prontamente).

¿Y mis voces?

Padre Inurria

¿De qué le hablan esas voces?

Don Justiniano

(Sorprendido).

Pues... ¡me hablan!

Padre Inurria

¿No le han contado algo "especial" últimamente?

Don Justiniano

(Botundo).

Sus revelaciones son siempre especiales.

Padre Inurria

(Suspirando. Por lo bajo, a doña Elvira).

Menos mal. Tuvieron la prudencia de no anticipársenos.

(A don Justiniano).

Adelante, adelante.

Don Justiniano

¡Eso! Me ordenan seguir adelante.

Padre Inurria

¿Qué más?

Don Justiniano

Amar a Dios sobre todas las cosas.

Padre Inurria

(Aparte).

¡Vaya una simpleza!

(Con sorna).

¿Y al prójimo como a sí mismo?

Don Justiniano

Y al prójimo como a mí mismo.

Doña Elvira

¡Pobre prójimo!

(Se oye cantar a los campesinos).

Padre Inurria

¿Ayuda usted a esos campesinos tanto como ellos lo ayudan a usted?

Don Justiniano

Son empleados a sueldo.

Padre Inurria

¿Les paga usted por desgañitarse tan angelicalmente y en latín?

Don Justiniano

Cantan para Dios, y el dinero es cosa del demonio.

Padre Hobson

La necesidad lo es aún más. ¡Ayúdelos, aunque sea con esa pobre cosa del demonio. Y sobre todo, ámolos! ¡Amelos usted!

Don Justiniano

Amo la vida eterna!

Padre Inurria

Mucho cuidado con el orgullo, don Justiniano.

Don Justiniano

(Impertérrito).

La verdad... la justicia...

Padre Inurria

Sí, ame la justicia

(Cayendo de golpe sobre lo que le interesa y con tanta vivacidad que doña Elvira se estremece).

¿Y del perdón, no le hablan sus voces?

Don Justiniano

¿Del perdón?

Padre Inurria

Sí, del perdón. Sólo son verdaderas las voces que hablan de perdón.

Don Justiniano

(Lleno de alicientes).

¡Claro!... Me hablan de perdón.

Padre Inurria

Continúe, continúe.

Don Justiniano

Me explican que toda vida en Dios es un acto de perdón. Yo perdono a la humanidad. Los perdono a todos. A usted, por decirme que no es precisamente lo que yo imaginaba. A ella...

Padre Inurria

¡Magnífico! Casi me convence usted, don Justiniano.

Don Justiniano

¿Se decide, entonces, a creer?

Padre Inurria

Si sigue por ese camino, no me quedará más remedio.

Don Justiniano

Levanto las manos, así, y puedo perdonar. Perdonar y bendecir. "Yo os bendigo a todos, hermanos míos".

Padre Inurria

¡Basta!... Me rindo. Estoy dispuesto a decidirme en favor suyo, con tal de que se someta a una última prueba definitiva. Habla usted de amor y de perdón. Falta que lo veamos realizándolos a cabalidad. Realizar lo sublime es ya un milagro.

Don Justiniano

(Irguiéndose en su asiento).

¡Estoy pronto!

Padre Inurria

¿Acatará usted la voluntad de Dios, sea cual fuese esa prueba? Si fracasa, lo habrá perdido todo, don Justiniano.

Don Justiniano

(Manteniendo la mano derecha ante su pecho, lista para bendecir).

La acato de antemano, padre Inurria.

Padre Inurria

Bien.

(Coge de la mesa la campanilla que don Justiniano suele usar en sus horas de dar gracias. Toca con el entusiasmo de un monaguillo tres veces. Enseguida se abre la puerta izquierda y aparece el padre Hobson. Siguiéndolo vienen Ricardo y Teresa, de la mano, quienes quedan ante la puerta de la capilla y enmarcados por ella).

Aquí tiene a dos necesitados de su amor y de su perdón.

Don Justiniano

¿Qué significa esto?

Padre Inurria

Significa que Dios le manda la oportunidad de que nos pruebe su milagro. De que nos convenza con él.

(La mano de don Justiniano tiembla).

No baje usted su mano. No contradiga su poder. Sería como anular de golpe ese milagro. Espere. Voy a continuar con la historia que hace un momento sus voces le interrumpieron a doña Elvira.

(Restándole gravedad al relato).

Anoche ellos han cometido un error. Se fugaron juntos. El padre Hobson, después de buscarlos afanosamente, pudo darles alcance. Durante su sueño el caballo del padre Hobson y el de San Jorge, se confundieron en un solo galope sobrenatural. Por

lo tanto, no pudo usted darse cuenta de nada. En vista de la premura hice lo que suele hacerse en estos casos como castigo: ¡casarlos!

(Se creería que don Justiniano va a dejar de respirar y a caer, desplomado, al suelo. Pero "su milagro" lo mantiene en la misma posición como si fuera una estatua admirable).

Si, aquí, en la capilla y mientras usted se dedicaba a sus prácticas audio-curativas. Por supuesto, los he casado con permiso del párroco, a quien hemos visitado esta mañana el padre Hobson y yo. Hubiéramos contado también con su permiso, pero no estaba usted en este mísero mundo.

Ricardo

Sé que hemos hecho mal... aunque no nos quedaba otra alternativa. Tuvimos que aceptar, conformes, la sanción impuesta por el padre Inurria.

Don Justiniano

(Al padre Inurria).

¿Quiénes son éstos? ¿No ve que ni siquiera los conozco?

Doña Elvira

¡Por Dios, qué está diciendo!

Padre Inurria

¡Mire cómo los hace sufrir!...

Don Justiniano

Están ahí, ante mi vista, y no sé cómo titubeo... no sé qué espero para...

Padre Inurria

Es que la fuerza de su bendición se ha impuesto a su odio.

(Sagaz).

Es que sus voces le aconsejan otra cosa.

Don Justiniano

¿Dónde están mis voces, ahora?

Padre Inurria

Tal vez estén un poco avergonzadas porque lo han visto vacilar.

Don Justiniano

(Refugiándose en las dulzuras de la fe).

Vuelve tus ojos misericordiosos sobre este siervo tuyo que se creyó perfecto y fue perezoso, que se creyó intachable en el cumplimiento de tu ley y fue blando y alimentó una raza de descreídos bajo su techo.

(El padre Inurria hace una seña a los jóvenes para que se acerquen. Teresa cae de rodillas ante don Justiniano).

Teresa

Pedimos su perdón, querido tío.

(El orgullo mantiene aún en pie a Ricardo, pero el padre Inurria lo toma enérgicamente de un brazo y lo hace arrodillar).

Padre Inurria

Vamos, vamos...

Ricardo

Su perdón y su bendición.

Don Justiniano

Dame fuerzas, Señor. Enséñame el camino de la rectitud y de la justicia.

Padre Inurria

(Impaciente).

¡Perdónelos usted, hombre!

Doña Elvira

(Para quien el tuteo es ahora infinitamente persuasivo).

Este es un momento importante para ti. Accede, Justiniano.

(Entonces entran los sirvientes, uno a uno desde el patio, como en una escena preparada de antemano).

Teolinda

Acceda, señor.

Micaela

(Arrodillándose a un lado y prorrumpiendo en sollozos).

Oh, señor, acceda.

Inocencio

(Sin rebasar la arcada del patio).

Por la virgencita, señor.

Teolinda

(Ella es siempre quien sabe aprovechar mejor tales circunstancias. Inspirada).

¿Qué hora es ésta, queridos hermanos?

(Insta a los demás para que coreen).

Todos

(Hasta los padres corean).

La hora de la gratitud y del perdón.

Teolinda

¿Quién es el inspirado del Señor? ¿Quién es el más milagroso de los señores?

Todos

Don Justiniano, don Justiniano.

Micaela

(No quiere, por ningún motivo, quedarse atrás).

¡Alabado sea Dios!

Todos

Bendito y alabado sea por siempre su santo nombre.

Padre Hobson

(Como un eco).

Amén.

(Se hace un silencio profundo. Pausa).

Doña Elvira

(Dulce).

Todos están esperando por ti, Justiniano.

Padre Inurria

¿Y preguntaba usted que dónde estaban sus voces? Oigalas usted a través de todos ellos. Ellos hablan el mismo lenguaje que sus voces. No puede, por ningún motivo, defraudarlos. Vamos, incorpórese. Lo único que necesitan estos muchachos para ser felices es un movimiento simple y hermoso de sus manos. Su casa entera está convertida en un templo. Aspire el incienso. Realice su máxima purificación, por medio de ese perdón que le estamos solicitando.

(La mano de don Justiniano se estremece y se alza suavemente).

Así... Ahora diga usted las frases de rigor.

(Susurrándoseles).

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, los perdono"...

(La mano se detiene un momento).

Si Dios lo ha hecho no puede usted hacer menos, don Justiniano.

(Don Justiniano libra una batalla consigo mismo. Luego de mirarse la mano alzada, traza en el aire la señal de la cruz).

Don Justiniano

(Con solemnidad, casi silabeando).

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... los perdono.

(Doña Elvira no puede más y llora. Ricardo y Teresa, quienes permanecen arrodillados, se abrazan como si acabasen de celebrar sus bodas y hubieran escuchado las últimas palabras del sacerdote. Don Justiniano, después del gran esfuerzo, ha quedado en actitud laxa y con los ojos cerrados).

Teresa

(Cogiéndole una mano y besándosela).

Oh, gracias, tío.

(Levantándose y yendo hacia doña Elvira).

Oh, tía querida.

(Ricardo se ha levantado y también abraza a doña Elvira).

Padre Hobson

(Temeroso de que don Justiniano rompa su pasividad).

Toda su casa lo está glorificando, señor.

Padre Inurria

(A don Justiniano).

Venga. Lo acompaño.

(Lo va llevando hacia la capilla).

Don Justiniano

¿Qué pasa?... ¿En dónde me encuentro, padre Inurria?

Padre Inurria

En el mejor de los mundos posible.

Don Justiniano

(Tocándose el corazón).

No sé... No lo comprendo en absoluto.

Padre Inurria

No necesita comprender. Es demasiado hermoso.

(Salen hacia la capilla. Micaela sigue a don Justiniano ensimismada).

Teolinda

(Agarrándola de un brazo).

No te entretengas, mujer, que tenemos que ayudar a Inocencio con el equipaje.

(La arrastra hacia el patio. Inocencio las precede. Teresa y Ricardo besan a doña Elvira en ambas mejillas. Luego salen rápidamente cogidos de la mano como entraron, pero esta vez radiantes de esperanza).

Doña Elvira

Temo que ya no tenga sentido ponerse a llorar.

Padre Hobson

Vaya y descanse. Una tarea delicada empieza ahora para usted

Doña Elvira

Rece por mí, padre, lo necesito.

(Sale por foro. El padre Hobson queda solo. Se acerca a la puerta de la capilla y escucha. Entonces vuelve el padre Inurria).

Padre Hobson

(Prontamente).

¿Y, bien...?

Padre Inurria

¡Ya está!... Hemos terminado. ¡El cielo! ¿Le dije cuando llegamos que las nuestras iban a ser unas vacaciones en el cielo? Estaba equivocado: eran en el Purgatorio.

(Ríe mientras saca unos papeles del bolsillo de la sotana).

Padre Hobson

¿De qué se ríe usted?

Padre Hobson

He aquí la lista de nuestras obligaciones para los días venideros.

Padre Hobson

(Visiblemente asustado).

¿Dónde dió usted con ella?

Padre Inurria

En el reclinatorio de don Justiniano. No pude resistir a la tentación de echarle un vistazo. Puede leerla usted también.

Padre Hobson

(Tomando los papeles).

Jueves veintidós...

Padre Inurria

(Implacable).

Mañana.

Padre Hobson

(Después de leer)

¡Imposible! ¡Acabará con nosotros!

Padre Inurria

¿Sabe lo bueno que tiene un sitio como el Purgatorio?... Pues que uno puede salir de él. Acérquese. Voy a decirle algo al oído.

(Nadie puede oír. Pero es parte de la picardía. El padre Hobson se acerca y escucha el secreto. Su rostro se ve primero sorprendido, luego radiante).

Padre Hobson

(Con el rostro iluminado por la esperanza).

¿Cree Ud. que el conductor tendrá dos asientos para nosotros?

Padre Inurria

¡Claro que sí! Además, mandaremos después por nuestro equipaje. Presiento que voy a conseguir, al fin, mis Liberatas Obstensorias. La mejor hora es el crepúsculo. Andando, muchacho.

(Devolviéndose).

¡Un momento!

Padre Hobson

(Quien absorbe del aire toda la gloria posible).

¿Qué hace?

Padre Inurria

Una pequeña travesura inocente.

(Ha sacado un lápiz del bolsillo interior de la sotana y escribe en el reverso del fajo de papeles que deja sobre el brazo del sillón. Va a la puerta de la derecha donde le espera el padre Hobson con ex-

presión interrogadora. El padre Inurria repite de memoria, como si escribiera en el aire).

Estimado don Justiniano: Gracias por el hospedaje. Nos vamos. ¡Alabado sea Dios!

Padre Inurria y Padre Hobson

(Haciendo al mismo tiempo una profunda reverencia que es más bien un esbozo de pantomima).

Sus queridos padres.

(Salen precipitadamente. Mientras el coro irrumpe en un potente "Aleluya", cae rápido sobre la escena desierta el

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

TELON FINAL

ENTRE ALAMBRADAS

(Drama en Dos Actos)